

DE OBREGÓN...
EL RECREO

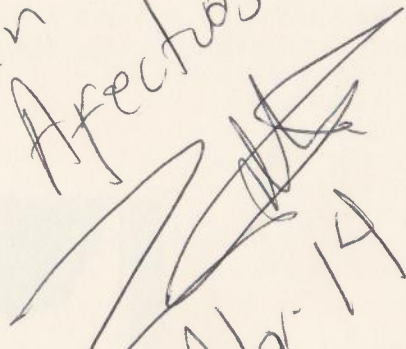
MAURICIO RODRÍGUEZ

SEDIENTO 
EDICIONES
Narrativas en español



Foto de autor: 2012, Álvaro Avila Franco ©

Mauricio Rodríguez nació en Torreón, Coahuila, México, en 1975. Es periodista. Ha publicado en distintas revistas, compilaciones y antologías poéticas en el norte de México. Autor del poemario *Zero Borderland* (Editorial Solar, 2002). Ganador tres veces (2007, 2012 y 2013) de la Columna de Plata, entregado por la Asociación de Periodistas de Ciudad Juárez por mejor entrevista y mejor crónica, respectivamente. Desde 1990 radica en Ciudad Juárez, Chihuahua, México.

Joel,
Muchas gracias por el apoyo
Ojala y nos reencontremos
en este viaje
Afectuosamente

01. Abr. 14

De Obregón...
EL RECREO

Mauricio Rodríguez



Narrativas en español

SEDIENTO 
E D I C I O N E S

Colección *Lengua de gato*

Imagen de portada: *Capítulo 1-3*

Autor: ©Jaime Moreno Valenzuela.

Técnica: Negativo de color 35 mm (análogo).

Medidas: 10 x 14 cm.

Año de realización: 2005

Fotografía del autor: ©Álvaro Ávila Franco, 2012.

Primera edición: noviembre de 2012

Primera reimpresión: noviembre de 2013

Concepto y diseño editorial: Manuel Pérez-Petit.

Formación editorial: Irma Martínez Hidalgo.

Lectura crítica: Cuauhtémoc Rubalcava, Juan Carlos Álvarez, Pablo Hoyos, Diego Alan Guagnelli, Omar Medina González, Genaro López Iniesta y Andrés Rodríguez Granados.

DR©Mauricio Macario Tercero Mauricio Rodríguez, 2012

DR©Manuel José Pérez Petit, editor, 2012

SEDIENTO EDICIONES, 2012

Abedules, 168. La Perla,

Nezahualcóyotl.

C.P. 57820. Estado de México.

sedientoportatil@gmail.com

sediento.org

facebook.com/sedientoediciones

twitter.com/Sediento_ed

ISBN: 978-607-9201-26-5

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin autorización por escrito del editor.

Impreso y hecho en México

*Para Norma, Ulises y María.
El centro de este Universo.*

*A Susana Chávez,
A Fernando Llerena.
A Magdalena Rodríguez.*

*Para Ángel Sánchez, mi primo hermano, mi primer guía.
A Ricardo Anzaldúa.*

*A Rubén Moreno Valenzuela, Jaime Moreno Valenzuela.
A Maribel, Antonio y Yolanda.
A Macario. A Laura García.*

*A Gabriela, Javier.
A Lalo y Fefe.*

*A los Rodríguez: Román, Manuel, Juan, Jesús, Miguel, Socorro,
Guadalupe, Leonor, mis tíos, los pilares del alma.*

Índice

Agradecimientos	11
A manera de prólogo	15
La Hora Zero	21
Antes de despertar o del sueño	23
Los días ya no tienen número ni apellido ni horario	27
El despertar de un ya no sueño	31
No es la lluvia	33
El color de la aceituna	37
Todo desaparece cuando Dios quiere que llueva	45
El Big Mac	49
Apreciaciones con el ojo de hormiga	51
Vuelve el Ojo de Hormiga	53
El poema perdido	57
Y por ti, amé días	61
Knocking on Hell's door	63

El planeador del plagio	65
Mis Robinson cruzan la <i>sixteen</i>	67
The Homeless Blues	73
Home freak home	79
Reencuentro con Bátiz	87
<i>Stoned</i> , que me gana la fe	93
El <i>clown down</i> , errante	97
Cuando el dolor llama a la puerta	99
El sagrado arte del embuste o del <i>everybody's weirdos</i>	101
El poeta errante	107
La Salvación de nuestros nombres	109
Resurging the wolf	111
Todo es porno	119
Aquellos villancicos	123
All you need is fuck?	125
Mina, <i>wherever you are</i>	129
Entre fulgores	133
El poeta y la poesía	135
El viaje adentro	137
KO al alba	141
Mi boca sangra...	145
Reminiscencias de viaje	155
A manera de epílogo	159

Agradecimientos

Agradezco la colaboración para la realización de este texto a:

Mario Esnayra Tristán, Claudia Guillén, Jorge Humberto Chávez, José Manuel García, Jorge Castillo Luján, Priscila Acosta, Celia Leyva, Francisco Javier Hernández, Rubén Moreno Villalay (Porky), Gabriel Alfageme, Javier Ramírez Bounds, Álvaro Ávila, Marcela Juárez, Jorge López Landó, Arminé Arjona, César Mauricio, Ángel Sánchez, Genaro Cruz, Miguel Ángel Fragoso, Miguel Ángel Pérez. Dr. Ramón Domínguez Servín (Window), Andrés de Anda, Mercedes Holguín, Ricardo Medina, Adriana Reyes Roel, Perla Zaragoza, Alejandra Zavala, Emanuel Vélez, Miguel "Sátrapa" Moreno, Álvaro Leyva, Claudia Moreno, Igmarr Prieto, Abril Zamarrón, Lucy Sosa, Antonio Flores Schroeder, Estrella del Valle, S.B., Edmundo Velázquez, Jacinto Segura, Panchito Ávila, Teresa Franco

(Mamá Despertador), Yuvia Cháirez, Juan Pablo Santana, Familia Irigoyen, José Solares, Brisa Frías, Beatriz Adriana, Uriel Ornelas, Ismael Ruvalcaba, Lorenzo Hernández, Yair Cedillo, Carol Corona, Misha, Cecilia Pego, Daniel Espartaco, Guillermo Samperio, Lourdes Sánchez, Patricia Arellano, Miguel Ángel Mendoza, Antonio Rojas.

Muy especialmente agradezco la ayuda a ustedes: Estrella del Valle, Blanca Ríos, Gabriel Alfigeme, Luis Vázquez, Perla Zaragoza, Álvaro Ávila, Marcela Juárez, Luz del Carmen Sosa, Emmanuel Vélez, Alejandro Pérez Cuéllar, Claudia Ponce, Nohemí Finn, Héctor Manuel Rodríguez, Genaro Cruz, Rubén García Carlos, Raúl Robles, Lilia Ortiz, Ángel Sánchez.

A todos ustedes mi corazón y respeto, ya que sin su ayuda, la publicación de este texto no hubiera sido posible.

Y hay un Gibreel que recorre las calles de Londres tratando de comprender la voluntad de Dios.

SALMAN RUSHDIE, *Los Versos Satánicos*.

Este libro se convirtió en mi amigo porque me enseñó que no tenía necesidad de amigos. Me dio el valor de quedarme solo, y me permitió apreciar la soledad. Nunca he entendido el libro; a veces creí que estaba a punto de entenderlo, pero nunca lo comprendí realmente. Para mí era más importante no entender.

Con este libro en las manos, leyendo en voz alta a mis amigos, preguntándoles, explicándoles, tuve que entender el significado de las palabras, ni yo ni mis amigos, una cosa se hizo muy clara y fue que había diversos modos de no entender, y que la diferencia entre el no entender de un individuo y el no entender de otro creaba un mundo de tierra firme aún más sólido que las diferencias en el entender.

Se derrumbó todo lo que creí haber entendido antes y quedé con borrón y cuenta nueva. Mis amigos, en cambio se atrincheraron más sólidamente en la pequeña trinchera de entendimiento que habían cavado para sí mismos. Murieron cómodamente en su pequeño lecho de entendimiento para convertirse en ciudadanos útiles del mundo. Los compadecí y, antes de que pasara mucho tiempo, los dejé uno a uno sin ningún remordimiento.

HENRY MILLER, *Trópico de Capricornio*, p. 166

He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado.

Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él.

Pero si en verdad oyes su voz e hicieres todo lo que yo te dijere, seré enemigo de tus enemigos, y afligiré a los que te afligieren.

Porque mi Ángel irá delante de ti, y te llevará a la tierra del amorreo, del heteo, del ferezeo, del cananeo, del beveo y del jebuseo, a los cuales yo haré destruir.

ÉXODO XXIII, 20-23. *La Sagrada Biblia*

A manera de prólogo

Durante mucho tiempo, antes de empezar a escribir este texto, le platicué a mis amigos sobre los grandes avances y las ideas que tenía para desarrollar al respecto.

Ellos me pedían mayores detalles, pero nadie lograba sacarme más expresión que una sonrisa.

La verdad es que fuera de unas cuantas hojas que escribí en una vieja Olivetti, no tenía nada más que enseñarles, por lo que decidí guardarme “el secreto” de esta obra, aduciendo que pronto les daría un avance.

Eso sí, cuando llegué a animarme a mostrar algún bosquejo de cierto pasaje que incluiría en este compendio de inexperiencias, se mostraban complacidos con el contenido o al menos me daban un voto de confianza.

Eran textos en los que hablaba con la voz propia de un universitario, en los cuales exponía de manera visceral, mis malestares en la vida cotidiana, en esa lucha por alcanzar el maldito título profesional.

Paradójicamente, aún no tengo el dichoso certificado, al salir de la institución abandoné en ella cualquier posibilidad de regresar a esa facultad donde cursé la carrera de Ciencias de la Comunicación.

Lo más que obtuve, fue la carta de constancia de estudios que tomé de mala gana, ya que nunca quedé conforme con lo aprendido en esa institución.

En este sentido, el problema para mí fue —y sigue siendo—, que nunca he estado de acuerdo con el sistema educativo que hay en nuestro país, lleno de vicios y compadrazgos, donde es más importante cuánto tienes o cómo luces, donde todo depende de tus capacidades aduladoras o tu destreza para hacer trampa en los exámenes que lo que puedas aportar con tus capacidades.

Aunque siendo sincero, debo aceptar que con el tiempo aprendí que eso no sólo ocurre en la escuela sino que se aprende desde casa, de generación en generación. Pero volviendo a mis años de estudiante, la verdad es que muchas gachís compañeras de pupitre se prestaban al burdo juego de la seducción que provenía de esos amorfos seres que se hacían llamar profesores y por procurarse un beneficio en las calificaciones, terminaban bajándose las bragas. No sé cuál de las dos partes me era más aberrante.

Debo reconocer que dentro de ese sistema de corruptelas y desplantes también hubo profesores realmente valerosos, los menos, eso sí. Recuerdo entre ellos, al Doctor García (no recuerdo su nombre de pila), un tipo que pasaba los 60 años, con una personalidad que asemejaba a Sean Connery interpretando al padre de Indiana Jones, pero en versión gay.

El Doctor García fue un luchador incansable por impartir de manera férrea el conocimiento, jamás le conocí ocasión en la que se prestara a jugarretas o sobornos tanto de alumnos como del grupo docente de la universidad.

Lo suyo era enseñar y lo hacía con el más estricto apego al compromiso de aquel que conoce las carencias de este país en perpetua decadencia educativa.

En ese entonces, García impartía las clases de Lingüística y Semiología y durante los cursos que llevé con él, jamás me tocó protagonizar alguna intención malversada, siempre fue un caballero en toda la extensión de la palabra.

A lo mucho y si acaso me llegó a pedir un poco de mota, yo no la fumaba, pero mi apariencia —basándonos en los estereotipos—, era de un *dealer* y lo peor, la quería para cuestiones medicinales. Siempre he tenido amigos mariguanos que de haberles planteado la petición se hubieran sentido ofendidos, así que ni me di a la tarea de conseguirla.

* * *

Quizás no me hubiera atrevido a iniciar este viaje por mis vivencias si no me hubiera prestado mi gran amigo, Rubén, un libro antológico de los escritores del movimiento beatnik, texto, que por cierto, aún no le he regresado, ni pienso hacerlo, al igual que otro de *On The Road*, en su versión original, que prácticamente arrebate de las manos a mi hermano Jorge López Landó. Espero que ambos lo sepan comprender.

Pues bien, decía del libro, en esta compilación hecha por José Vicente Anaya denominada “Los poetas que cayeron del cielo”, un pensamiento de Gregory Corso y el título de una novela de Jack Kerouac, son los culpables indirectos de que me haya decidido a arrojarme en esta empresa.

De Corso, destaco la impresión que dejó en mí cuando aseveraba: “Que los poetas escriben mejor cuando están muertos de hambre y sin casa, no es más que un cuento idiota de hadas”.

A raíz de esa reflexión, pude comprender que mi posición ante la adversidad era una mera circunstancia y debía esperar a los tiempos correctos para aprovecharme de ella y no a la inversa.

Por otra parte, evaluando el instante y la circunstancia que me acometía en aquellos momentos cuando las palabras de Corso estuvieron ante mis ojos, no pude dejar de pensar que si bien tenía razón, no por eso dejé de mentarle la madre, porque recordé como justo días antes, cuando vivía en la casa con la que por ese tiempo era mi esposa, me sentía fecundo en versos y después de la despedida todo se convirtió en vacío, en vicio, en vicio vacío.

De toda esa cantidad de textos que hubiera podido producir, el mundo se vino abajo cuando mi esposa, poniéndose a la defensiva, provocó sin querer uno de los mayores pesares que he tenido, pidiéndome el divorcio.

El título de un libro de Kerouac "On the road" (En el camino), fue como un encuentro con el *Ad Nirvana*, cierta noche que me puse a jugar con las palabras y donde On The Road terminó bifurcándose a otras dos acepciones que fueron *gone over (over-gone)*, que así era como me sentía en ese tiempo y la que finalmente le da título a este texto: OBREGÓN.

Es a partir de este momento, donde la realidad pierde su cauce, desde aquí, todas las desavenencias que a continuación me coartan el habla, provienen de fragmentos de vida que se quedaron guardados en libretas de trabajo, en las horas más álgidas mientras laboraba o cuando el dolor se acrecentaba ante mí y caminaba por las calles en busca de algún parque para alimentar palomas. Proviene también de aquellos personajes observados en la barra de El Recreo, donde a través de una sola voz, el personaje principal es uno con muchas voces. Dentro de él se escuchas sus compañeros de bohemia.

Aquí comienza el viaje a lo imposible de mis recuerdos requeridos de olvido, mochila al hombro, cerveza en mano, para llegar a todo aquello en lo que alguna vez formé parte, a esos poemas que fueron vetados por el ánimo.

No negaré que esta aventura me resulta del todo exitante por el hecho de reencontrarme a mí mismo, perdido entre ustedes, como si fuera un simple espectador de mis actos, de los suyos en mí encarnados. Sea pues y que comience el viaje.

La Hora Zero

En este tiempo que se viven elecciones municipales, estatales, federales, siderales. En los espacios del presente los bloqueos ferroviarios están a la orden del día en una ciudad harta de ser partida en dos.

Ejecuciones a manos de narcotraficantes, por imitación, insolencia, desgano y desencanto al por mayor, de una realidad social suplida por finales de la NFL, entre los Gigantes y no sé qué otros negros y güeros.

Son días de feria, fabulosos multiorgasmos cibernéticos por 1.99 USD el minuto, llamadas desatendidas de un movimiento guerrillero.

En la Sierra Tarahumara está el hambre, el final del inicio de un milenio, un trago que se termina en mi vaso y otro que empieza como el renacer de los curanderos.

Periodo en el que la escuela universitaria es más un símbolo recaudador de ingresos, desmantelador de con-

ciencias y talentos, tiempo de búsqueda de la gente, indicio de nuevas rutas de esperanza. Justo en este bello instante caótico, la muy cabrona de mi esposa, decidió mandarme a la chingada.

Antes de despertar o del sueño

Todas las noches en la misma postura sexual tendí a observar a lo lejos el reflejo en las lúgubres pérdidas de libertad, el ritual de mis ancestros: Apostar mi destino al movimiento de los astros.

Nada conforme con mi situación, preferí el desdén al dolor que lloran por las noches los amantes destrozados con la sal del arco iris.

Ella se acercaba a mí sin preámbulos, sin brújula caminaba por precipicios de carne ungida y en un horizonte bañado en saliva, se desgastaba de arrumacos con la engañosa caricia de un beso.

Adormecido, me desquebrajaba el orgullo en su claroscuro reaccionar y carente de argumentos, vacilaba a contestar por miedo a conocer la respuesta o quizá por acertar una vez más.

Era entonces la entrega ante sus ojos y después la vasta niebla persistente, entraba a sus manos y el sueño, en ese corcel se alejaba impaciente.

Después quedaban los espasmos musitando en la penumbra un parpadeo y no me permitían ver cuánto tiempo hacía ya que el otoño recorría nuestra ausencia.

Amanece. Aún y pese al sol, seguía el calor interno nublado y sereno, desprendido desde el fondo, el ritmo de una huída, me fragmentaba en la noche llamada *something else*.

¿Qué hago aquí donde los ecos de la piel resuenan en bostezos? Una danza de espectros transita alrededor de las fingidas despedidas.

—Degrada la primera palabra que sea convincente y me quedaré —le repetía de manera ocasional, concediéndome así el último deseo como aquel que se encuentra frente al paredón.

Anclado ya en la perspectiva de que algún día podríamos reconocernos entre estas derivas, supe que este ayer sería el punto de partida, pero ¿a dónde? El lugar es lo de menos: Tijuana, Mexicali u Obregón.

Moluscos fueron las intenciones al quedarme después de madrugada, provisto de una razón desconocida, con los primeros rayos del amanecer reconocí que mi cuerpo era un no espíritu apretado al frío del silencio.

Esbozaba la sonrisa para que el humo del cigarrillo nos convirtiera en algo más que estancia, en esta ansia, en el lugar donde el camino nos cruzó sin condición ni fecha elegida.

El paso de las semanas me dio la razón. Veintiún días hace que salí expulsado del que pensé sería mi hogar. Mi esposa me mandó a la calle asegurando que yo no participaba de la forma que era requerido en un hogar.

Según sus pretensiones amorosas, fui un hombre que mostraba mayor interés a otros placeres que a su felicidad.

Traté de entender su postura desde todos los ángulos posibles y no logré concebir una razón contundente para justificar su decisión.

Desde hace tres semanas la calle es mi refugio. No he conseguido dormir como cuando estaba al lado de ella, quiero decir, hace tiempo que no cojo, pero creo que esta nueva forma de ver la vida aún no ha logrado extenderse en plenitud.

Me levanto como todos los días para dirigirme al trabajo y ahora paso más tiempo en la Redacción del periódico en el que laboro. No he perdido el apetito, pero me emborracho en demasía.

Después de ocho años de traer el cabello largo, hace unos días, al punto ebrio, decidí cortármelo.

No sé si la inestabilidad emocional fue factor determinante para que llegara a esa determinación, pero me da gusto reconocer que me siento mejor así, es como si hubiera retomado mi edad verdadera.

Los días ya no tienen número ni apellido ni horario

Muchos de mis conocidos se extrañan al verme y la mayoría no me reconoce con esta nueva imagen que les presento, no tienen la más mínima idea de qué fue lo que sucedió.

Todos aseguraban que me verían ir a la tumba con el greñero. Lo que desconocen es que hoy siento el cansancio resbalarme por la piel y que de alguna manera la muerte siempre se presenta aunque estemos vivos.

Estoy fatigado de esta fatiga que me provoca estar en el exilio, no es nada sencillo retomar la vida cuando uno piensa que ya había forjado su destino.

Sin embargo, puedo creer que la esperanza existe más allá de mi imaginación y que de alguna manera puede hacer menos pesados este momento.

Un gran amigo, Rulo Zaytan, me dijo cuando recién me habían corrido, que ésta era la oportunidad perfecta para darme un descanso a mis neuralgias, para encontrarle

un nuevo sabor a mi existencia y emprender la travesía que me trae hoy ante tus ojos.

Pero no es nada grato levantarse por las mañanas, cuando he permanecido contando las estrellas que atraviesan el pequeño espacio de la ventana del cuarto donde ahora habito.

Se oye mamón pero es verdad, eso hace un hombre cuando no hay ni cerveza ni mujer ni inspiración.

No creo en la conmiseración de mis actos y arrepentirme en este instante de lo que he sido sería avalar un fracaso no buscado.

Siempre he sido así, decido el error antes de sentirme perdido, la aceptación del otro cuesta y en ocasiones se paga con la ausencia de su piel.

Por eso siempre he dicho que ante lo inevitable —para bien o para mal—, no hay nada mejor que una sonrisa y una mentada de madre.

Crecí fundamentando mis actos con distintas ausencias, carencias y desencantos, así es como pude entender que este dolor sólo era un pasajero más de mi tren de vida.

A los 14 años de edad emigré a esta ciudad donde no conocía a nadie, ni siquiera tenía noción de quién yo era. De lo poco rescatable de aquella época fue que se desarrolló en mí un apetito por la lectura.

Reconozco que antes de verme en esa encrucijada de mi vida, quizá apenas había leído un par de libros.

El cambio de ciudad generó en mi persona una animadversión por el trato social y un acercamiento más concienzudo con el mundo de las letras.

Ya no era el simple lector que se conformaba con conocer lo que los escritores mostraban, me convertí en histrión, en un intérprete de las realidades alternas.

Trataba de ir más allá: Pasaba horas entregado al discernimiento de extrañas e inverosímiles ideas, una palabra bastaba para perder la razón.

Agradezco de esos días haber viajado a los más inhóspitos enjambres del espíritu.

Esa actitud ante la adversidad fue la que me salvó, en esos días, de refugiarme en otros andares utilizados en la inexperiencia de una juventud congénere, carente de resolver los motivos que les hacían callar la ira propia de la edad.

Decía, llegué a Ciudad Juárez en un tiempo cuando el insulto a los emigrantes era la forma más recurrida para dar la bienvenida a quienes buscan una nueva oportunidad de vida.

Nadie es de aquí, sin embargo todos se sienten con el derecho de amedrentar a los demás, causándoles la pena de sentirse despreciados, humillando sus ilusiones de progreso.

Tras de mí, en el camino, quedó por siempre la gran amistad de Ricardo, el cariño de Gonzalo, María Elena y Javier, el amor de Marcela y el ejemplo que fue siempre para mí mi primo y primer gurú Ángel.

El despertar de un ya no sueño

Llegar a esta frontera fue una pesadilla. Las áridas calles llenas de fachadas abandonadas por los mismos habitantes, miles de automóviles herrumbrosos, alojados en sus propios cementerios, no ofrecían la mejor visión de la tierra prometida.

Éste fue un ciclo en el que mi vida transcurrió en el encierro. Mutismo. Lectura. Observación. Así de sencillo podía resumir los primeros años de mi vida en la ciudad que es la última parada del país, antes de cruzar al primer mundo.

Lleno de desprecio por la nueva cara que el destino me ofrecía, me dediqué a recorrer las calles del centro de la ciudad, tal y como solía hacerlo en la que fue mi primer casa, Torreón, Coahuila.

Con la intención de compenetrarme de alguna manera en el hábitat al que ahora pertenecía, salí al encuentro de la zona centro.

Hallándome solo entre el hedor que se desprendía de las alcantarillas mezclado con los estancillos que ofertaban colitas de pavo y demás fritangas, terminé por volver el estómago más de una ocasión.

El asco de esos días sólo es equiparable al que sentí cuando el término xenofobia se hizo latente en mi experiencia.

Lo peor del caso es que nunca he sabido a ciencia cierta cuál es la motivación de quiénes habitan en la frontera para despreciar a sus compatriotas por el hecho de adoptar esta tierra como su hogar.

A lo largo del trayecto he vivido sorteando calumnias, voces altaneras, bromas de pésimo gusto y la carga de defender una tierra de origen que ya no me reconoce como su hijo, en el más profundo desdén de ser ciudadano de ninguna parte. Yo ya no sueño, el *american dream* me dejó atrás, acá en la frontera, en lo más cercano a lo perfecto.

No es la lluvia

No es la lluvia lo que me hace adormecer, no es la lluvia lo que corre entre mis sueños, dormir para mí ya es permanecer sin descanso, sin recuerdo hasta que la música muestre una nueva cara entre estas sábanas.

Lo sé porque la llorona corre a través de imágenes de celosía, cada noche hacía mí para escapar de esta plegaria, vaga antes de saberse amada.

¿Por qué no siento la ausencia como tal? Me recuerda únicamente la debilidad de existir. Estoy intentando reinventar el poema del viajero solo en la sonrisa del creador original, ése que alegre saludó mi visita a un *table dance* alguna vez de sueño prestado y vacío.

Nadie pensó entonces que ese momento de alejamiento existiría, ahora que una paloma cruza justo encima de mi cabeza y más que en beatitud en lo primero que pienso es que no me derrame más mierda de la que ahora me colma.

Yo, el hombre Ícaro, me convertí en mito, en sueño de desvelo, desesperado de sustancia por acariciar el cielo, cuando lo etéreo era la esencia, y lejos del mar supremo podía existir.

Caí en un vacío sin pensarlo, siquiera el momento que gobernó cada uno de mis intentos por salir del agua me hizo reconocer y afirmar que el color de mis piernas cambió a cada desafío.

En lo profundo me hubiera quedado, pero ya aciago de mi tristeza aunque no sabía qué quería, sabía lo que no quería.

Hablé en esos días de que morir jamás llamó a mi puerta, sólo tuve fe de ya no mirar y comencé a creer en la firmeza de mis pasos.

Fuerte es la mirada cuando nace desde el suelo, cuando las lágrimas se entierran y germinan nuevas voces. No existe en el mundo de los nocturnos probados la paciencia, ésta se borra al dormir sin besos, como si así fuera la oportunidad de fallecer entumecido, sin haber pensado en la idea de congelarse siquiera.

Así llegaba la voz extranjera —a medias—, interrumpiendo esta analogía del declive amoroso, para hacerme ver que sólo vivía una remembranza del cansancio descorazonado, una letra fría que me dictaba no temer, me decía, al oído, algo que el odio no entendió en tu mirada, que aún atisbaba desde ciertos rincones de la noche.

Entonces era el momento de reconocer seres sin alma que se bailaban en la coyuntura de sus ideas y dislocaban el sabor de un par de glúteos regionales.

Un apretujar de ideas me convenía a prestarme a los juegos de aquellos cuerpos sobrevivientes del accidente-vida.

Fui un héroe que respiraba forzosamente las palabras olvidadas en la memoria maltrecha de los actos adolescentes.

Un guerrero que sentía el latir artificial de sus emociones menguadas, un escribir sin parar por la necesidad de dejar al lado el aborrecible silencio.

Me reconozco como eso peor, aquel camello que no pudo pasar en el reto por el resquicio de la aguja, una indolencia procurada de antemano que se describía sobre sus propios apuntes de demencia.

Las calladas frases de estima que arengan necesidades se reflejaban así en el idiota que lo perdió todo y permanecía inerte frente al bostezo.

¿Por qué no te vas de aquí o quitas esa cara de pendejo? ¿Por qué alterar el curso alegre de la desdicha que penetra al indiferente cuerpo circundante?

Las hojas del otoño caen por sí solas y jamás sueñan con despertar, ¡No necesitan de tu estúpida nostalgia!

* * *

Dieciséis razones me impiden un trago, dieciséis o quizá once, seca es la noche de amor, lejos los días, el sabor es sólo ficción, el proceso del romance un cuento idiota; sin sentidos roen la cama, degradado el espíritu, se escupe. Las visitas en la barra de algún bar se convierten en una plaga de larvas.

Éste es el estanque donde la soledad del *Rey Salmón* tiene su reino, en este cuerpo que vino a romper la noche y ya se fue.

Entre algarabías me disputo un trozo de placer cuando los ojos me desconocen, pero detrás de las hojas en blanco el dolor sigue latente.

En los últimos momentos que me resistía a cerrar los párpados, el gallo moría de sed, de hambre o de afonía, todo por el salvajismo creado por el hombre, todo por mi falta de respeto ante su canto victorioso en el palenque.

Un ganador, mis puños malditos, tres ganadores, la sangre emanando lenta y profusa entre sus alas, el contrincante tendido, mis puños jodidos, con el coraje de aparecer como un recuerdo épico fallido, ese que siempre perdurará en la memoria de los que aún no asimilan su muerte.

Los nombres me siguen recorriendo la piel, son pedañitos que sudan el sendero de los padres que se esconden entre las noches, en la boca seca de respuestas a la carne, mis puños están muertos pero aún laten con la sangre del vencido, porque la forma oral del argumento que intenta justificar ciertas ausencias en la madrugada, no distingue el sonido de un lamento.

Estoy odiando este instante con la conciencia como la compañía más imprecisa, con el miedo de volverme un ser sin ser, aún con la rabia del salvaje.

¿Sin entendimiento qué habita en mi cuerpo? Creo que de mi paso, traspaso por el mundo, por de los seres con los que coexisto, en esta ciudad, y asumo de una generación junto a la cual camino, o sigo, o simplemente desconozco, mi gusto de vivir junto a ella.

Escribo para no morir.

El color de la aceituna

Lo primero que percibo entrando al bar es una aceituna gigante posada sobre la barra, que según me indica Don Tony, el propietario del lugar, habrá de formar parte de una exposición fotográfica de Jaime Morval.

La música de fondo, *Déjenme si estoy llorando*, interpretada por los Ángeles Negros, ambienta los espacios vacíos no del lugar, sino de quienes lo habitan.

En la barra está una mujer de avanzada edad que consume sus pesares en un trago de *Carta Blanca* y me distrae con sus quejidos por un amor que nunca tuvo. Intenta hablar conmigo, tomarme de paño de lágrimas, quiere pues que sea su confidente circunstancial y esto ocurre justo cuando pensaba en ir a buscar con mis amigos y en las librerías de esta frontera *On the road* de Kerouac.

Ese libro, sin haberlo leído más allá de unos fragmentos, me ha impactado. Pensándolo bien, es el título el que me ha dejado con ganas de ir en su búsqueda.

Pero como siempre ocurre en aquel que apuesta en la vida como un viaje, no sabía por dónde iniciar el trayecto.

Por esa razón me detuve en la cantina unos minutos, para crear un plan a seguir, pero por lo visto el encuentro con Kerouac habría de esperar, ya que de momento me dediqué a sanar corazones-piltrafa.

Tres horas después ya estaba al pendiente de las tristezas de una amante abandonada, un guitarrero con tres días de haber andado en juerga y de la mujer anciana con la que parafrasee algunos tangos antes de que el dolor la hiciera abandonar sus ganas de lágrimas compartidas.

Ahora por fin me he quedado con el sabor de la aceituna que seduce en los labios, porque al disfrutar de una cerveza en solitario la visión siempre es distinta, nos vuelve decadentes, en cambio, la soledad de barra en compañía nos obliga a ser más imprecisos y por ende menos culpables.

Abstraído en la contemplación del fruto del olivo, el neón cubre por completo mis pensamientos, la coordinación de mis movimientos es radical: emulo ser un robot para no provocar una nueva forma de diversión entre los presentes. Ocurre que siempre que llego a cierto grado de borrachez, tiro la cerveza o se me cae un cigarrillo y hago una faena ridícula por simularlo, pero es tan evidente que todos terminan dándose cuenta.

Esperaba que esa noche fuera la excepción, pero mis manos fueron intermitentes y se contrastaron ante el nuevo sentido que cobraba mi vida.

A esa hora de la tarde fui presa del error y aunque mis pensamientos lucharon por impedirlo, me apegué al falso garbo de la mayoría para vivir este espasmo de lucidez.

No saber qué el destino depara
nada más continuar en el camino
consultando la enferma sensación
no ser perfecto, solo, igual al mundo.

Empecé a escribir en el camino sin darme cuenta, (*On The Road...* Kerouac, ¡a eso vine!), y mis labios ya no hablaron, pero los ojos cansados y alternos se prestaban a la empresa.

¿Qué dirán esas palabras en tu boca, corazón? Te pregunto a ti, mujer delgada que sonrío del otro lado en la mesa donde ahora llega un hombre para hacerte llorar, mientras sufro por no tener una palabra que salga de mi realidad para decirte que estoy contigo, en esta noche que él por nueva cuenta te abandona.

* * *

Veintitrés horas después, el color de mis ojos es más abierto a los brillos de la noche. Uno es la cuarta parte de lo que ha vivido, otro tanto es la sola idea de ser en el pasado que circula en derroche; una más, es cada beso arrancado al orgullo de los años, y como el fuego, la cuarta parte se vuelve ceniza, es resto, lo más fúnebre de lo que somos, es ese latido de incertidumbre que nos hace vagar, tal como yo lo hago ahora.

Haberte perdido como único regalo en un mundo que creí ya conquistado...

Ocurre que soy el hombre que se refugia en el exilio para desconocer su dolor y me doy cuenta que cada vez doy vuelta hacia lo mismo.

Llevaba en mi maletín los restos de lo que antes fui, de mi crecimiento como hombre y de las bases que sirvieron para convertirme en lo que ahora soy.

De nada me arrepiento y por qué hacerlo si estaba feliz, dispuesto a alcanzar nuevas metas, a aminorar las nostalgias con las que por mucho tiempo, noches absurdas de insomnio consumieron mi proceder sobre el presente.

Bendigo el fruto del ayer: Una libertad de inconciencia en mis actos.

Irredento a mi persona como creador, puedo olvidarme de la puteza que subsiste en esta selva de desventurados.

Por ejemplo, puedo decir abiertamente: Qué culero sabe la cerveza cuando alguien llamado nadie te hace compañía y sólo para acrecentar la secuela de dolor, termina platicando en voz alta con las paredes.

Ese matrimonio fue un fracaso, jamás fui yo realmente, tengo que reconocerlo, quise ser un hombre feliz en compañía de una mujer y lo único que gané fue su desprecio.

Siendo sincero, lo que más me duele de esta separación es el estómago, la pinche hambre es más pinche cuando el cuerpo ya no nos pertenece.

Formado en la línea de la fatiga, me cautivo en esta barra donde al fondo descubro un sostén que se trasluce y brilla con la luz de neón.

A mi lado estuvo una pareja que se juraba amor con arrumacos y un mudo que no entendía del pesar ajeno. Alberto Cortés dictaba la pauta del encantamiento, interpretando la canción que le regalara Facundo Cabral: *No soy de aquí, ni soy de allá*. Se me escapó la risa y no pude más que salir de la estancia hasta que la miel terminara de despararrarse por las paredes.

Con las primeras horas de la noche una machorra y un viejo que aún cree tener la suficiente fuerza para ser soportado con toda su impertinencia, se largan prepotentes, vociferando grandezas inciertas.

Al salir del bar, un eructo de alguno de ellos mezclado con carcajadas, me recordó que mi auto lo dejé abandonado desde hace días en un estacionamiento público. No pregunten por qué. De eso daré cuenta en otra ocasión.

Lo que admiro de esta soledad es la fluidez que me ha otorgado para recolectar mis ideas en el papel y mientras escribo, puedo ver la sombra de mi puño, recorriendo vigorosa, la libreta de trabajo.

Jorge Negrete me reconforta señalando que: *La paz del alma la otorga sólo Dios*.

De repente, en otro lugar de la barra, después de la decadencia, Rulo me proporciona un chicle sabor ajo, augurando una plática con bellas mujeres norteamericanas que sólo existe en su mente, en sus ganas locas de fornicarlas.

No puedo hacer otra cosa más que aceptar la inefable pertenencia a los espacios, donde el aire hace fusión con el sudor y los cuerpos se saludan con cortesía sexual, mientras mis amigos soportan que escriba en esta barra destinada para aquellos que están dispuestos a no irse solos a la cama esta noche.

* * *

En esta hora, mis palabras hacen eco en el pensamiento, veo las piernas de una güera —delgadas, bien formadas—, que juegan pendulares a conducir el ritmo de una melodía que lacera mis principios estilísticos musicales.

Al lugar ha llegado Jean Paul quien al preguntarme por mi estado y escuchar mi elucubración considera que la fustigación de las vivencias son un recurso certero para no reconocer el error.

Pero yo veo la raíz de lo contrario, se puede gestar una posibilidad distinta: el disfrute de la experiencia, ya sea mísera o recalcitrante, ya que cada uno debe ser su propio guía, en este supuesto valle de ciegos.

Por citar a Kerouac, Rulo me dice algo a señas, contradice sin miramientos a Jean Paul para romper la conversación y desviar la charla a cómo arribar a las chicas de al lado.

Le recomiendo que utilice el pretexto de preguntar las horas y que muestre el reloj español.

De mi bolsillo saco un reloj viejo, sin manecillas que me encontré en un mercado de segunda mano hace años y utilizo para estos casos.

Le digo a Rulo que les pregunte la hora y salga con la babosada de que el aparato que porta fue heredado por su abuelo que provenía de Zaragoza y que desde entonces, cuando el vejete falleció, en una forma de tributo, decidió jamás moverle la hora.

Pero el ardid, que al parecer sería aplicado, terminó en un simple intento de conquista: Rulo se pasa de largo al baño, mentándose la madre a sí mismo, mientras Schroeder, otro de los bebedores, me presume algunos culos que se revuelcan alegres en el área de la rockola, junto a la mesa de billar.

Por el recoveco de la axila de Rulo —que ya ha regresado y ahora se ha colocado a mi lado, imperfecto de su empresa amorosa—, puedo ver unas piernas danzarinas y no me puedo contener de fijar la vista en los ojos de su dueña, una hermosa pocha que canta *I will survive*, mientras su *Bud Light* no se resigna a que le desprenda la etiqueta que la identifica, ni a mí a separarme de su entorno.

* * *

Clandestinamente entró al bar esta tarde. Así, de las formas de disfrute que el camino va marcando, Jean Paul se desliza en el pasillo del bar como si fuera patinando en un lago congelado a medio invierno.

No conforme con su parodia hace referencia a la desangelada historia amorosa de la que me voy recuperando.

Mientras me recuerda lo patético que es mi vida a estas horas, Schroeder emula un pseudo motivador de masas y nos asegura que en 15 años recordaremos este momento. Jorge decidió no venir esta tarde, pese a que todos estamos en el mismo taller literario y es mi carnalote, a diferencia de nosotros, solitarios, él va fortaleciendo una bella relación con la mujer que dice, es el amor de su vida, ojalá y así sea.

Jean Paul hace énfasis optimista y señala que la gente dirá: ¿Y cómo era el presidente Jean Paul en ese tiempo?

El buen Jean Paul siempre ha sido un amante de la política y se considera un verdadero creyente de la afición suicida que es llevar el sentir de las masas y conducirlo de forma que las mayorías se beneficien con el poder.

Sin pensarlo dos veces, Schroeder lo aterriza con su estilo mordaz, diciéndole que quizá lo recordaremos en ese instante del futuro cuando apenas alcance una regiduría del vapuleado cabildo local. Carcajadas.

Nelson Ned los pone a cantar y yo me río en silencio de la situación, Schroeder reconviene la posibilidad de escribir a la par que asegura estar en Navidad (¿?). Sostiene su teoría de que esta noche la vivimos hace 10 años (Pom, po pom pom —Raphael, en la rockola, marca el ritmo de su comentario—). Ahora Santana me recrimina el hecho de que me veo (estúpidamente intelectual) como un hombre tratando de cazar a una mujer.

Yo no sé más allá del proceder de los hombres que lo que el instinto me indica, incluso en nada me molesta el comentario de Jean Paul.

Nuevamente Schroeder interviene para hablar de mujeres, dice que lo hacen revitalizarse, que los brindis que me otorga son sinceros, más lejanos a la verdad y el sarcasmo que le provoca a Jean Paul vernos felices en nuestra situación.

En la víspera, Schroeder se había separado de la que es la madre de sus hijos, yo también vivía mi liberación, pero él, sufría de manera lamentable el haber perdido la familia con la que vivió por años.

Eso era lo que en realidad nos mantenía allí esa noche, la abogada de la que hasta hacía unas horas era su esposa, le notificaba formalmente la consumación del divorcio. Al enterarme lo único que acerté fue a invitarle una cerveza y hacer menos tedioso el momento.

Una celebración y un velorio se diferencian en los grados de alcohol que se han ingerido.

Después de una incoherente y trillada polémica sobre mujeres y política, Schroeder y Jean Paul terminaron declarándose querencia.

Afirman que la amistad es la búsqueda, un truculento encuentro de almas o algo por el estilo, yo trato de escribir eso en un poema mentalmente, pero Schroeder me hace que pierda la atención al seguir debatiendo sus necedades.

Amor sin esperanza es borrachera, un sueño donde el protagonista regresa a morir de realidad.

—Si vas al baño no le toques el cabello —le advierto a Schroeder que había estado insistiendo en acariciar a lo lejos a una mujer que llegó desde temprana hora y cuya cabellera, debo ser sincero, era realmente hermosa.

Él me contestó que permaneciera atento a la libreta, pero antes de irse a orinar, me doy cuenta que ya no respeto los espacios del cuaderno. Falta poco para el cierre de la barra y la cerveza ya me hace estragos la coordinación y pierdo la facultad de los acentos ¡damn momento!

Todo desaparece cuando Dios quiere que llueva

Encuentro en esta tarde nublada un papel amable ante la vida llena de ajeteos, cansancio, sudor y malgastadas horas.

Reconozco que sin importar las adversidades me apasiona más mi trabajo, sé también que nunca la gente me reconocerá cuando deambule junto a ellos, cuestionándome el porqué de la desgracia y la violencia en esta frontera.

En esta tierra de solitarios crecimos, saludándonos frente al espejo, para no volver la vista atrás e intentar seguir por el laberinto de posibilidades que nos puede llevar a encontrar la razón de esta existencia que por momentos se viste de incógnitas.

Al llegar al baño con una estupenda cruda, me doy cuenta que el hombre al utilizar el rastrillo limpia las heridas de los días, ésas que va dejando el desengaño. Afuera llueve a cántaros.

Nos damos cuenta que ya no somos niños, cada vez recurrimos menos al reflejo de nuestra imagen, excusándonos en las prisas.

Para no pensar en los sentimientos, hoy invité a Rulo a salir y limpiar el bochornoso evento de los relojes sin tiempo.

Titubeó, dejó entrever la posibilidad de que asistiría, pero el miedo lo chinga. Otro tanto hice con Jean Paul. Al ver que Rulo no se le veían muchas ganas, pero en su oficina lo único que recibí como señal de vida fue una pinche grabación que me contestaba amablemente pidiéndome datos.

—Me comunico contigo —aseguraba su voz en tono putón, pero el cabrón no se dignó a regresar la llamada.

Probablemente aún esté encabronado porque hace un par de días que fuimos al bar, Schroeder terminó poniéndose intransigente, se excedió pidiendo tequila y al final se puso tan pedo que terminó regalando ademanes como poemas a las mujeres que habitaban la barra esa noche.

Yo sólo espero que esta lluvia no desaparezca nuestros pasos y que pronto nos reencontremos nuevamente en El Recreo.

* * *

El tiempo que estuve casado, varias veces le dije a mi joven, inteligente y bella, pero poco madura en cuestiones de bohemia, ex esposa, que al estar junto a ella algo me impedía escribir de las cosas que yo quería.

No me entendía, en su momento tal vez ni yo lo podía entender, pero ahora, sin tener que descifrar la tinta que utilizo, puedo ver las cosas claras y hablar de mis emociones con suma franqueza.

Puedo decir, por ejemplo, que me fascinan los labios, las caderas de Brisa y añadir que esto puede ser una evasión

más, para con toda intención, eliminar o autobloquearme a los malos ratos.

Gracias a esto he tenido amantes suficientes como para abstenerme del cariño sensual femenino en los próximos años, algunas de ellas han sido buenas, otras pésimas y unas más, las pocas, excelentes.

Sabía eso cuando me casé, pero quería seguir la utopía fomentada por los padres: Casarme, crear una familia y vivir en el sedentarismo por el resto de mis días. Pero no pude.

No sé si fue mi imperante espíritu de ser poeta, escritor, escrutador de la noche, anacoreta, misántropo fracasado, lo que prevaleció en esa infructuosa relación o si en realidad simplemente no valgo madre como pareja.

Mas seguro estoy que mis andares formales del amor, con pasos precipitados, como el *kamikaze* que sabe el final de su trayecto. De nada me arrepiento.

Ya lo vivido, bebido, guerreado y cogido en el pasado se quedó.

Nuevos panoramas de dolor y de grandeza se gestan y tengo el ímpetu suficiente para afrontarlo. Lo deseo.

Pero es también que en ocasiones como ésta, que el dolor nubla mi vista y en un latir de más, todo desaparece cuando Dios quiere que llueva.

El Big Mac

Salgo de mi entorno para recobrar las fuerzas, huyo del bar y por un instante voy en busca del cariño de los míos. Pero al cruzar el umbral familiar algo me dice muy dentro: Hablar con mi padre siempre será un deleite de fakir.

Macario es su nombre y en su historia lleva una niebla de rencores y aventuras increíbles haciéndole una tormenta permanente en el alma. No por nada más de una ocasión se le comparó con aquel personaje que interpretara Fernando Soler, con Don Cruz Treviño Martínez de la Garza. Es su viva encarnación.

Ayer que hablé con él, por ejemplo, se dijo sorprendido por mi afición a las letras, a la poesía en específico.

Me aseguró que contaba con algunos textos de su creación y se puso a declamarme varios versos.

Como suele ocurrir en este tipo de encuentros, había estado tomando para celebrar “El Día del Padre” y su hilación de ideas poéticas no fue del todo acertada, pero

entendí que su intención era entregármelos para que yo los trabajara y firmara con mi nombre.

Ahora que reflexiono, llego a la conclusión de que ese argumento fue sólo un pretexto para hablarme, porque se inquieta verme largas horas fuera de casa y enterarse de que llegue ya cuando la madrugada está dando los buenos días.

Con una formidable disposición me reconfortó diciendo que su casa era mi casa y que la habitación en la que duermo temporalmente me pertenecía en pleno, incluso me pidió llevar amigos de vez en cuando.

Sin duda lo que desconoce es que a pesar de convivir con mucha gente, porque así lo requiere mi trabajo, los verdaderos amigos les cuento con los dedos de la mano y me sobran y para colmo, algunos de ellos no viven en esta ciudad.

Cuando sus palabras terminan, no ocurre lo mismo con la decisión de escapar, de huir a un siempre, de llegar a un dónde.

Duele la mano de tanto escribir, espero que esto se vea recompensado al final del camino.

¿Conté la parte de su amorío con Carmen Salinas?
Fuck! Me faltó texto...

Apreciaciones con el ojo de hormiga

Una mujer entra con una flor en la mano por la puerta lateral de El Recreo, seguramente serán de las primeras citas que tiene con el hombre que ahora la acompaña.

Me aventuro a señalar eso porque inefablemente es un síntoma característico de una relación sentimental que recién florece (*Antes o después de las cosas, ves a través de las manos*, Andrés Calamaro).

Reconozco que soy de esos no pocos que se enajenan con facilidad y tardan tiempo de alegría en aceptar las revoluciones que nos da el estilo cotidiano de sobrevivencia.

Mis actos y emociones en nada se parecen a las reacciones de mi cuerpo y estas palabras que nunca van de la mano.

Soy un holograma de lo que pretendo ser, padezco el don de la ubicuidad, de la personalidad múltiple, soy una ausencia reservada a los instantes importantes para mi corazón.

Cuando un sentimiento me es entregado con sencillez y sinceridad, lo descarto de mis prioridades; luego, cuando el día se torna agresivo, y lucho con todas mis fuerzas y en las que muchas de las veces ni siquiera me beneficia el salir victorioso, una simple caricia del aire, el canto de los pájaros, la sonrisa de un infante que imagino, incluso el ruido de los autos que pasan sin destino conocido, me conmueven.

Después de algunas cervezas mis ojos comienzan a cerrarse, con dificultad logró mantener uno abierto, el de hormiga, con el que me mantengo alerta del acontecer del bar.

Una mujer entra con una piña bajo el brazo. Nadie la espera. Mueve los labios. Parece que habla. Sólo se escucha el silencio. La aceituna.

Vuelve el Ojo de Hormiga

Como un señor que soy ante los ojos ajenos, en ocasiones me hago llamar "ingeniero" en el espejo de las vanidades, entre los extraños y convencido de mi ardid alguien me pregunta qué es lo que escribo con tanto ahínco y opto por la respuesta más sencilla: Después de pasar semanas enteras construyendo túneles y subterráneos, lo que le queda a un hombre como yo, es redactar pensamientos de amor.

Mi intención es separarme de la conversación interna, pero terminé prestando atención a la plática que apareció ante el espejo.

Ese otro yo que ahora soy y me habla al espejo, me dice que viene de la ciudad de Chihuahua a vender un rancho de su propiedad, que su estancia en esta frontera sólo será por un par de días.

Se hospeda en un hotel cercano y dice que la ciudad le agrada, pero que ama su tierra, porque nunca está en ninguna parte.

Lo veo con cierto agrado ya que sus palabras reconfortan mi solitaria presencia. Habla de sus estudios, su frustrada maestría que nunca cursó en no sé qué parte de los Estados Unidos.

Le escucho y confieso que ya salí de la escuela, pero me sentencia que mientras pueda no deje de estudiar.

Platicamos durante algunos minutos más y antes de despedirse, me pide que analice en solitario cuál es mi meta en la vida, por fin se va satisfecho de la charla, eso lo puedo asegurar según la expresión que pude ver en su rostro.

Después de que se adentra en las calles céntricas de esta tierra, creo que dejaré su petición vacilar hasta que llegue a mi recámara.

Hay hombres que luchan por sus ideales, otros que son un simple arpegio de una sinfonía inconclusa.

Al acostarme en casa me sobresalto a cada instante y no duermo al ver que al perder el conocimiento del instante nocturno, uno entra por una puerta siempre en movimiento.

Un trago de cerveza por un trago de certeza. Me digo. No estoy en casa aún, sólo que no activé el ojo de hormiga, que a partir de este instante se quedará en modo *On*.

* * *

En nuestras manos hay algo más que un sentimiento fraterno, algo más que una cerveza, eso que nos destierra de las posibles causas de lo que llamamos suerte.

Si vuela el grano de arena que fue recogido en la duna, la cebada que fue fermentada para ser consumida a tragos insaciables, hay algo en las manos que se queda cuando escapa, es nuestra marcha a lo etéreo del trayecto, a ese minuto que aún no transcurre y al cual quedamos predeterminados con el viento o con los ojos de la madrugada a ser clavados por la espalda.

No hay adiós en el solo juego de beneficiarse de la nada que es conocida por otros como popularidad, éxito o más palabras que decir cuando lo necesario es acrecentar el silencio. Es entonces cuando de alguna forma muchos recurrimos al ego, para continuar con el pretexto de ser en la boca.

Uno va siempre consecuente tras la fuga de sí mismo. Llego el momento en el que resulta determinante separarse de todo sentir, para sobre existir las horas solas, donde la única conversación sostenible es la interna.

Yo no juzgo más que lo que he visto ante el espejo. Llegué esta noche cargado de emociones recogidas en el camino y ahora, puedo ver cómo se callan mis ausencias, cómo el reconsiderar la soledad que me delimita en la tertulia, vuelve a filtrarse por mis poros.

Le pregunto al cantinero por mi carnalita Susana, la vaga, la poeta, y me dice que estuvo aquí hace un par de noches, pero después de ponerse una buena juerga, terminó cantando canciones de Chavela Vargas y después de pelearse y mentarle la madre a media barra, salió y desde entonces no ha vuelto. Ya regresara.

Nuevamente las bemoles de la melodía que interpreta el trío que acompaña a los amantes en otro lado de la barra, me alcanzan en el centro de la frente.

Esta parodia de felicidad que ahora encuentro en los que brindan, me hace buscar la alegría en las canciones viejas que alguna vez fueron escuchadas, letras que me son arrebatadas por un viejo adúltero que presume a la puta que le acompaña en respuesta al comentario que le fue espetado con voz gangosa, acompañado de una carcajada por demás fingida.

Necesito un poco más del ruido de la ciudad, algo que me brinde la tranquilidad, por eso salgo a la calle y me olvido del olvido, trato de reencontrar mi contradicción mientras observo los automóviles que siempre se dirigen a ninguna parte.

Después de caminar algunas cuerdas, entró de nuevo al bar, donde la noche no ha sido buena para el cantinero.

Ahora puedo beber un poco más de la certeza que, espumosa, se confunde con la irrealidad que me acompaña.

* * *

Y del momento con el ingeniero se escribió:

—Entra un hombre de gorra, vestido de color oscuro —entra un vendedor de dulces —entra uno que ya estaba en el lugar —jamás me doy cuenta de quién sale—, —entra una pareja mayor de 40 años —entra un hombre con una carátula de estereo en la mano silbando una canción, se asoma, da unos pasos adentro y termina regresando a la puerta, luego se va —creo, porque no lo vuelvo a ver.

—Durante todo el tiempo, el mudo de la mesa al final del bar permanece sonriente y regala semillas de calabaza a cambio de un gesto noble o una botella de cerveza. El mudo nunca sale de este mundo.

Es así como me obligo a evadir las pláticas de los extraños no tan extraños y consigo una rosa para sobornar a la muerte, pero no recordé si eran gardenias o guirnaldas las que le gustaban.

Con la agitación propia de quien resucita de su sueño escribo esto. Llega por fin el amanecer y me cuestiona el espacio como si para él el tiempo no pasara, de la nada me pide explicaciones y me cuestiona ambigüedades.

Así termino esta línea.

El poema perdido

Llamé por la tarde al periódico, para excusarme de mi ausencia a laborar. Un poema perdido que le había prometido a Luana, con quien estuve en la universidad (ya tiene eso algunos años), hace unas semanas me volvió a recordar que existía.

Ahora con el cabello corto qué según yo me dotarían de la invisibilidad —imbécil de mí—, pensé que dejaría atrás las historias que alguna vez formaron parte de mi enmarañada vida estudiantil, pero veo que no es así.

Luana, esa mujer de ojos grandes y no malas tetas, llegó una vez a mi camino cuando yo solía habitar en los pasillos y jardinerías de la facultad donde cursaba una carrera, al menos así consta en los registros.

Luana, decía, llegó a irrumpir no sé si una lectura de un buen libro o la creación de un mal poema.

Desde un principio se quedó “admirada” de mis textos, cosa que jamás entendí porque eran y siguen siendo

pésimos y a raíz de ese encuentro, constantemente me solicitaba leer mis pseudo poemas.

Debo confesar que por algún tiempo traté de escaullirme, eludía sus conversaciones y no es que ella fuera mala compañía, sino que teníamos percepciones que en nada compaginaban, ni siquiera para el debate.

Ella caía en la banalidad que ofrece un sistema educativo tan jodido como el que otorga nuestro país. Yo sólo era un banal.

Con su comportamiento mi querida Luana me recordaba que además de las instituciones escolares, el crecimiento moral se podía insertar en la idiosincrasia nacional que a través de los medios difundían ideas extranjeras que adoptamos como propias.

Renegaba de sus principios venerando el desprecio a nuestras etnias y sólo las tomaba en cuenta cuando un estúpido grupo musical en boga las abrazaba como bandera.

Yo insistía al señalarle que a los conciertos de ese tiempo iba toda la bola de pendejos a cantar sus canciones, como si eso les fuera a dar de comer a los desprotegidos hermanos del mundo salvaje, pero insistía en regalarme camisetitas.

Una noche de rock le argumenté que los indios no querían ni madre de nosotros, que sólo buscaban recuperar su espacio de tierra y subsistir como sus ancestros los enseñaron.

El progreso, la billetiza y Cablevisión, por ellos, podían ir a chingar a su madre. Pero fuera de eso, tuve que aceptar –también– admitían que las camisetitas y los tenis *Reebok* estaban de poca madre.

Me encontré a Luana hace unas noches en el bar. Tenía tiempo que no lo visitaba y pensé que pasaría desapercibido entre los presentes, pero mi inevitable afición a estar escribiendo pendejaditas en servilletas me delató.

Luana se acercó a grandes zancadas y dijo con su característica vocecilla gutural “te cortaste el pelo”. Después de la obviedad y de su desencanto, me trató como siempre.

Lo que hago en estos casos es corresponder a lo inevitable con una sonrisa y atenerme a los impulsos de mis ninfas necesarias y ancestrales.

Al salir del bar, ella me dio su dirección y me dijo que me esperaría si quería visitarla, aunque fuera sólo un rato. No sé cómo, pero logré dar con la casa en la que ella vivía.

Lu formaba parte de la camada de jóvenes nómadas, estudiantes provenientes de las ciudades pequeñas que tienen que emigrar a donde las escuelas ofrecen mejores oportunidades de estudio, al menos en teoría y que por su condición, tienen que cambiar de casa más de una docena de veces mientras dura su carrera profesional.

Esa madrugada entre arrumacos platicamos durante horas y como suele sucederme en esos casos abrí la boca de más y le comenté sobre aquel poema, peor aún, dije que sería publicado.

A veces he pensado que debería revelar que ese texto lleva el nombre “...” y así me procuraría un alivio, pero a la par creo que me resulta más interesante confrontar las consecuencias de mis actos que dirimirlas y escaparme de lo mismo.

Y por ti, amé días

Y pensar que voy llorando este minuto, sin compañía, sin lagrimas, escuchando a Gardel acrecentar mis silencios de dolor injustificado, tengo la motivación encarnecida, quiero abrir un diccionario nuevo que me muestre el significado de este momento.

Por la tarde, después de dejar a Luana, cuando salí a comprar algo, simplemente me fui a la calle buscando no encontrar a nadie. Veía a las parejas de la mano, y un sentimiento de amargura me invadió en el trayecto a ninguna parte.

En ese momento no pude entender cómo se puede entregar el cariño de una forma tan abierta, quizá porque adolezco la indiferencia amorosa, porque sobrevivo a la carga de mis sentimientos en solitario, porque no veo a nadie que pueda soportar mi manera de amar.

Voy a desviar mi malestar a una situación buena, para así socavar este registro de ansiedades, a veces me olvido de Dios, pero dios nunca se olvida de mí, es una constante *calamo corriente*.

Knocking on Hell's door

Donde la locura deberá reinar, habrá algo que desconocer siempre, algo impío en el aire, fuego, lluvia y tierra, esos malditos elementos que avivan el recuerdo.

No sé por qué la vida no dice otros nombres que no sean los míos... y los conoce todos... *anyway*, le planteé a Schroeder mi desdicha pero andaba tan ondeado que sólo atinó a responder que una mujer con una piña bajo el brazo lo perseguía constantemente, que la virgen de México era en realidad Juan Gabriel y que a partir de ciertas horas de la noche podía rezar alguna de sus canciones a manera de plegaria y entonces, en un delirio de tristeza, podía encontrar una nueva razón para existir.

Después de alcanzarlo en el bar donde se encontraba y brindar por las bajezas, llegamos a una conclusión y acabamos por coincidir, que efectivamente, Juan Gabriel es la virgen mexicana.

¡ALELUYA!

El planeador del plagio

*Y cuando desperté —aunque las torres
ya no estaban—, las películas de héroes
gabachos anti terroristas seguían ahí.
Emulando a Monterroso.*

Pude ver otros más que llegaban a este paraje, se quedaban a presumir de conocer lo desconocido, pero sólo hablaban sus deseos de asentarse en un lugar determinado. Para ellos nunca hubo camino, únicamente fin.

Lo supe porque cuando era niño metía mis manos en los bolsillos del pantalón para disfrutar de las pláticas de los adultos y así guardarme una que otra grosería. Ahora que saco mi niñez guardada en el bolsillo, no puedo contener esta agria sensación que representa la grosería de ser un adulto. Fue en este punto cuando me cuestioné si iba perdiendo fuerza como la sombra ante la noche ¿por qué mis palabras no atenúan la intensidad del rencor? ¿Por qué

las demoras de creer me impiden caer en este suelo? Como un título de propiedad nos entregamos a lo que vivimos, ¿Quién se atreve entonces a pagar su propio precio de desprecio? La vida del enamorado se lee con subtítulos, desafortunadamente en idioma extranjero. Por eso terminamos escribiendo poemas de lo mismo.

* * *

El cigarro forma un puente entre mi boca y esta niebla, ahora que va la mano a cuestionar la cabellera que te colma mujer de neón y sonrías mientras descifras el saludo de este yo que atisba tus rincones, para ti observar es el ejercicio de la lengua en los labios.

Me ofrezco una nueva oportunidad para callar y escribo, te robo de la noche como un buen momento, mujer mía, tan lejana sombra y comparsa de quienes sortean la fuga. Cuando los relojes tienen aparentemente la misma hora, me viene a la cabeza que narrar es como una sinfonía, pero hay que ser impreciso, no salir del daño que provoca el error, sino explorar su sino, majestuoso, hay que dar varias vueltas en el mismo sentido antes de encontrar la ruta de la verdad o que ésta nos alcance en el cansancio.

Porque no hay muerte más lenta que la que no se espera, como este sueño que no se vive y se presencia, este desmayar que cuesta menos que una guerra y se aparece después en cada rostro, ignominioso, so juzgante. Como estas palabras que ahora escribo al despertar, plagiándome, desde la oficina *Mei*, en mi Saigón Juárez, donde siempre es Apocalipsis.

Mis Robinson cruzan la *sixteen*

Regreso de la oficina, desilusionado de la noche anterior, cuando decidí poner fin temporalmente a mis sueños de poeta.

Cuando me entristezco suelo quedarme en el suelo y no encuentro una ocasión más para vivir que escribir.

No tener qué putas hacer en la calle viene a recordarme que pasaré un buen rato de la vida solo y encabronado.

Al no saber qué creer, en esta hoja recurro a la catarsis pura, me imagino que estoy del todo entregado a la estepa, rapaz, lejos de mí y que voy difuminándome, ciego, al roce de unos labios.

Mis fuerzas sólo quieren retener los instantes felices que merodean en la cabeza, pero una parte de mí me asegura que todo lo que es la realidad no me pertenece.

Se me niega la posibilidad del bostezo, me conformaría con un cigarro y aceitunas para aplacar las horas de silencio, pero el dinero se me ha terminado.

Con la carencia de recursos para continuar la vida nocturna, me decido al atardecer a salir en busca de algún conocido para poder continuar bebiendo, pero las calles bellamente desiertas, es decir, llenas de gente que anda con el apuro de llegar no sé dónde —pero ningún rostro familiar—, me indican que tal vez por este día terminaré abstemio.

El momento de desolación me sirve para reconocer que esta ciudad es bella por su kinésis, de día puede parecer una prostituta trasnochada, pero siempre al caer la tarde se vuelve la mujer más guapa y deseada por los ebrios, que constituimos el 70 por ciento de la población... si no es que más.

Ésta es la ciudad más tranquila del mundo. Lo digo en serio, a pesar de que diariamente la muerte se da sus buenos danzones en las casas, nadie se mueve, todos quietecitos, quietecitos esperan como vacas sagradas a que la pelona los visite.

No entiendo por qué chingados la apatía ha colonizado esta frontera, aquí no hay nombres que recordar, a todos se nos olvida hasta nuestro lugar de procedencia. Para poder maldecir a mansalva a cuanto nuevo visitante llega para quedarse, nos escondemos en el anonimato de decir soy de esta tierra.

La idea de progreso es un trapo sucio con el que nos limpiamos la nariz.

Observando el ir y venir en la avenida 16 de Septiembre, me doy cuenta que en la ciudad existe una legión de presencias no descritas, pero no por eso menos peculiares en nuestras vías de tránsito.

Estos entes, guardan similitudes en el aspecto físico con el universalmente célebre *Robinson Crusoe* (1719), de Daniel Defoe, en su etapa de naufrago.

Hablo de hombres cuya edad media entre los 25 y 40 años, que arrastrados por sus adicciones, probablemente a la heroína, se dedican a vagabundear, en busca de algo (¿?).

Sus rostros demacrados y enflaquecidos al máximo, se encuentran cubiertos de largas barbas y sus cabellos están enmarañados y sucios. La mayoría de las veces, estos hombres visten con camisas a manga larga, pantalones holgados (lo que tal vez se debe a su estrepitosa pérdida de peso) y unas gorras sucias.

Desconozco las causas que los hayan llevado a una existencia tan compleja, en una clara oposición a la felicidad. Esa travesía sin fin de recorrer las aceras hirviendo por dentro y por fuera.

En Ciudad Juárez no es raro encontrárselos en las principales calles, la mayoría alcanza a cobrar un color verdusco, en algunos casos se dedican a limpiar los parabrisas con trapos que en realidad, lejos de cumplir con su cometido, empañan más los vidrios y por ende hacen perder la visibilidad a quienes conducen a las horas más ajetreadas.

Esta ciudad de frontera tan vapuleada en sí por problemas de otra naturaleza ya de todos conocidos —el narco y la inseguridad—, tiene que sortear también el dolor de su población, al encarar el verdadero rostro de las adicciones. Y es que aquí la droga no se vende nada más a quienes tienen con qué comprarla, sino a aquellos emigrantes cuya salud y futuro importan poco y para aquellos nacidos en esta tierra, hijos del camino, desheredados todos del progreso.

Vuelvo la vista a la calle y me encuentro a uno de ellos que se aferra a limpiar un vidrio y sólo recibe como pago un claxonazo y el arrancón del automovilista. Percibo en su rostro de ojos vacíos, la mirada desesperanzada, ellos son la puerta del hambre y la violencia, a un callejón por donde Dios ya no quiso volver a pasar.

Decidido a entender por completo este dolor y dejar de quejarme por pendejadas, cual Dante afanoso de encontrar el amor en su propio infierno, algunas horas viví como indigente.

Encontré en este andar por las calles del centro de la ciudad miradas de extrañeza y asombro. Niños que me sonreían y de inmediato eran reprimidos por sus madres, hombres que me ofrecieron cigarros a medio consumir.

Al mediodía el sol no deja de calar acompañando a los sin casa, en su mayoría adultos mayores.

Sentía cómo me observaban con recelo y se posicionaban otros yo que no eran ellos, en la escalinata que da entrada a la Misión de Guadalupe y de los autos que pasaban por la avenida, la observancia fue de soslayo, las miradas de las veces la mirada se cargaba de encono.

*Así como la paloma eleva
sobre este árido cuerpo
resuena el asfalto
el paso de la pluma
que cae con el viento
y nadie ve
a los que desde el suelo
esperan respuesta.*

Escribí esto sobre un pedazo de papel periódico mientras esperaba una moneda ficticia para continuar la parranda.

No sé si es por indignación o por falta de sensibilidad social, pero la mayoría de los transeúntes no observa a los que están sin casa sobreviviendo en la acera, los desdeñan.

Poco saben de las historias que aparentemente no ocurren en ese malestar del que se funde con las paredes y pernocta en los sitios abandonados.

Es ya un par de horas y ni una sola moneda ha caído en el vaso de la anciana de al lado, menos conmigo que por caridad sólo recibo una constante evasión de rostros.

Desprotegido por un sistema económico que no distingue las necesidades reales del pueblo, ser meneste-

no es una mala palabra en la frontera, tránsito callado de enemistad, de fuego asfáltico y locura, nada cura esta aridez, simple estratificación de los que carecen del poder adquisitivo.

En las tiendas aledañas a la catedral se hace un constante bombardeo de ofertas, de vez en vez uno que otro puntón cae con el cañonazo de palabras que surge desde un altavoz: "Recuerde que aquí encuentran el precio más barato en toda la ropa... recuerde que el primero que llega se lleva los vestidos más bonitos", yo no hago otra cosa que observar los harapos en los que nos encontramos, sin duda llegaremos al último en esta oportunidad de confort.

Se puede ver lo miserable que es la vida sin dinero cuando se alcanza a apreciar el sol reflejándose en la acera.

Una camioneta de la policía se detiene para investigar a dos cholos cuyo único delito fue tener tatuado el barrio en el cuello. Los revisan primero de vista, luego inspeccionan entre sus ropas y les piden sus papeles para transitar por una calle que ya no les pertenece. No encuentran nada. Me observan. Me siento un criminal sin delito.

Los niños que van a hacer su primera comunión caminan presurosos y más alegres van los padres entrando en la Misión de Guadalupe, son casi las tres de la tarde, hora en la que dejarán atrás el pecado de haber nacido.

Llega otra indigente —Doña Alicia— y se acomoda a mi lado, colocando un cartón de caja de zapatos que hará las veces de asiento en la escalinata.

De inmediato se pone a pedir, a mostrar su rostro de dolor ya preparado para no sufrir su estadía, es el momento de ceder el espacio y caminar, ya que huele a mierda y orines que se confunden con el olor a manteca quemada proveniente del área de mercado.

Mientras el danzarín piernas de caballo sigue rindiéndole tributo a la Virgen con sus movimientos, yo me

retiro fracasado del dolor a casa, a bañarme y olvidar
me de que el futuro nos espera siempre con las piernas
abiertas.

The Homeless Blues

Limpio en cuerpo reconozco en mi alma al encaminarme
al bar que las calles además de sucias y cansadas, sostienen
en su longitud a decenas de entes que otrora tuvieron alma
y hoy, se reducen a rondadores de la noche.

Mujeres que en su alta estima se arreglaban para lu-
cir bellas, hoy transitan la avenida en busca de clientes, en
busca de alguien que las saque de su sino. Hombres que
ya no son tan hombres, deambulan en los muladares entre
andares y desolación de espíritu.

Y viene aquí a ser que ya no soy tan puro en este
mundo, he perdido mi facultad de camuflaje a falta de be-
bida y ahora sobrio, atestiguo en los andamios del infierno
que alguna vez Virgilio prometió.

Es en estos andares donde me encontré a Harold, el
gringo del Victoria, como se le conocía en aquellos años.

Harold, cuyo nombre completo era Harold Frede-
rick Edmonds fue un personaje muy popular en el bar, a

donde entraba de cuando en cuando para pedir permiso para orinar y de cuando en cuando, tomarse una cerveza.

Al gringo lo contacté por sugerencia de Don Tony. En ese tiempo yo trabajaba para una sección donde rescataba historias interesantes de gente que pasaba inadvertida, personas olvidadas por la sociedad.

—No me importa si muero, mucha gente se preocupa si va a morir, pero no se fijan en como viven el ahora, me dijo Harold cuando lo conocí antes de intercambiar siquiera un saludo. Acto seguido, se llevó un cigarrillo sin filtro a la boca y lo encendió tratando de controlar sus manos que tenían un extraño temblor “tengo cáncer”, me dijo.

A Harold se le podía ver siempre sentado a la escalinata del que fuera el Cine Victoria, en la contra esquina del bar El Recreo.

En aquel encuentro Edmonds me pidió *twenty* pesos para hacerme un retrato y mientras trataba de mantener firme el pulso para trazar una línea en su dibujo, yo inicié la conversación preguntándole como es que había terminado en las calles de Juárez.

A esta ciudad llegó a mediados de los ochentas y la mayoría de ese tiempo se dedicó a realizar retratos a lápiz de transeúntes, principalmente turistas que visitaban el Mercado Juárez, lugar en el que trabajó durante casi una década y del que fue echado tras incrementar se su alcoholismo.

Pocos supieron que tras la desaliñada imagen que presentaba este peculiar personaje fronterizo, había un verdadero artista que las décadas los setenta y ochentas logró adquirir gran personalidad en la escena plástica norteamericana.

Mientras hablaba, las ideas que trataba de expresar chocaban en su voz y me hacía recordar a David Helfgott, pianista interpretado por el actor Geoffrey Rush en la cinta *Claroscuro* (Shine, 1996).

Harold me contó que estudió en el Instituto de Arte de Cleveland, Ohio, donde obtuvo la Licenciatura en Bellas Artes y dijo haber hecho más de cinco mil retratos de personas en las calles, además de copiar a lápiz edificaciones como la Catedral, la antigua Presidencia Municipal, la ex Aduana y el Mercado Juárez.

Miguel Ángel, Andy Warhol y los grandes artistas clásicos europeos, eran sus influencias.

—Miguel Ángel lucía peor que yo y era respetado como artista, me indicó mientras borraba una línea en el dibujo de mi rostro.

Cuando lo conocí tenía 63 años, pero por el maltrato de su rostro parecía acercarse a los 70 y su atención era dispersa, ya que lo mismo contaba de su pasión por el arte que del recuerdo de su participación en la guerra de Vietnam y de cómo al regresar emprendió un viaje en automóvil de costa a costa en los Estados Unidos.

Su plática y su semblante se tornaron sombríos al recordar que en una gasolinera se le emparejó un automóvil idéntico al de él, y de allí, el hombre que lo conducía le dijo que no bebiera o moriría. Esas visiones lo atormentaban desde entonces.

—Dios ya no quiero vivir así más, ¿Señor Satán quiere matarme? Hágalo ahora, hago mi trabajo lo mejor posible cada día y la gente ni siquiera disfruta su trabajo, creen que estar así (como yo) es divertido, mientras dice esto, estoy arrepintiéndome de estar ahí y para disimular enciendo un cigarrillo y trato de romper el trato, pero sus ojos azules, con el iris encajado en sangre me hacen permanecer inmóvil.

—No quería trabajar hoy, pero tengo que hacerlo, tuve que mandar al diablo al infierno, nadie puede mandar al diablo lejos, cuando trabajo a veces trato de pensar en el diablo, eso me hace pensar en vivir, no quiero verme muy religioso pero él me habló tres veces una noche para que tomara veneno.

Apresurando un nuevo cigarrillo, Harold que ya ha notado la inquietud que me provocaron sus palabras, me comparte el material que trae entre sus manos, se trata de dibujos que hizo del mercado Juárez, el bar El Recreo, el mismo Cine Victoria, así como otros bosquejos de edificios y rostros, por los que obtiene apenas unos cuantos pesos.

—Al menos voy a morir feliz, así quise mi vida, cuando tienes un cigarro, tienes que ponerlo en tu boca y con tus manos activas tienes que cuidar con los dedos que el viento no apague tu cerillo, porque el diablo a veces puede ser el viento. No me preocupó mucho pensando en el mañana. Cristo dijo: No te preocupes por mañana, preocúpate por el hoy, el mañana se cuidará a sí mismo. Tú no sabes lo que sucederá mañana, lo único que puedes saber es lo que sucederá ahora.

En ese momento me firma el retrato, donde me veo y me encuentro con un rostro tan igual al mío que me desconozco, ahora, trato de retomar las fuerzas y cruzar la calle y justo cuando lo hago, antes de entrar al bar, Harold me da la última sentencia de la noche en la que nos conocimos: “Yo digo que ni siquiera puedes controlar el ahora, no sabes si morirás o no, o si lloverá en este instante ¿lloverá?”, abro la puerta de El Recreo y no alcanzo a escucharlo más.

Al entrar al bar me reconforto al encontrarme con rostros conocidos, decidido a anunciarles que dejaré el alcohol temporalmente. Un silencio incómodo generalizado da paso a las carcajadas que hacen volver a la normalidad al lugar.

No sé por qué las malas amistades siempre vuelven. No hablo por mí, sino por las personas que quiero. La conversación está rondando sobre los seres que en otro tiempo les jugaron chueco, crearon intrigas a su alrededor y solamente con una puta llamadita, regresaron a su corazón como si nada.

Sin dejarme abrir la boca me dicen que soy muy valero con la raza porque arreglo todo a chingadazos. Lo admito, en un momento de la noche puedo perder muy fácilmente la paciencia y me resulta más satisfactorio arreglar todo a putazos.

Recuerdan que una de las últimas ocasiones que me embriagué (hace un mes y una semana) *madrié* un güey a la salida de una borrachera.

El muy cabrón pensó que por estar más alto y atlético llevaba una ventaja sobre este maltrecho dibujo lobuno.

Sólo recuerdo los primeros golpes y los últimos, cuando ya estaba él tirado en el piso y me quitaron de encima y heme otra vez ahí, manos ensangrentadas y sonrisa en pleno. *I'm sick of it.*

Ahora que reflexiono de muchos golpes, viene un dejo de nostalgia; cuando uno abandona por convicción el cuadrilátero callejero, se vuelve uno sensible.

—Estoy en un retiro permanente de los placeres mundanos y las sensaciones que experimento, son como de renovación hacia un futuro que no va a cambiar, digo, que no puede evolucionar si no para bien, digo, que tengo que aprender a ser bueno.

Lo anuncié a los presentes y después de varios segundos de densa quietud, la música, las risas y nuevos tragos rompieron por nueva cuenta el silencio.

Home freak home

A ritmo de *Casa* de Gustavo Cerati busco desenfundadamente información sobre los *Home Theater*, hablo a México, a Estados Unidos, todavía tengo la sensación de oler el chocolate del pastel que doña Alicia llevaba en sus nalgas, no puedo dejar de bailar, debería dar clases: Soy la reencarnación de Resortes, hoy es día de pago, debo todavía algunas notas y abonos en las mueblerías, eso no importa, hoy es viernes, otro viernes, alcohol, psicopatía aplicada y ganada por *default*, me muevo, me muevo, tal vez es el vitamínico, o quizá que no me preocupo nunca por mi dislexia a la hora de escribir, soy el más guarro y sincero, con cero también soy porque me llamo Tercero.

En estos días la poesía en mí se resume a meros destellos. Me refugio en las calles porque no hay duda alguna de que si algo hermoso tiene la Ciudad del Crimen, es su horroroso primer cuadro.

En la vieja zona centro de la ciudad fronteriza digo que más importante en la república mexicana (digo diz-

que porque el índice de violencia y desprotección social respaldan mis palabras), uno se puede dar cuenta de los desmesurados y desiguales pasos del progreso y la jodidez.

Hombres y mujeres de todos los estratos sociales, pero principalmente de la clase media para abajo, diariamente pululan en la zona adoquinada; van y vienen calaveras y fastidios sin un sentido aparente.

Como una pequeña muestra de los hormigueros que tanto nos gustaba observar cuando éramos niños y de los que no nos apartábamos, hasta que una hormiga venía y nos ponía un mordidón de miedo, así es el tango humano que se pierde en el vaivén cosmopolita de la *crime city*.

Dándole la vuelta al sector viejo de la ciudad me encuentro por la calle La Paz, donde se vende lo mismo frutas de la temporada a grito pelón y en bolsa de plástico, que unos apestosos y tan poco salubres como suculentos tacos de hígado, excepcionales para apaciguar la tripa en tiempos de carestía.

Por esta calle habitan también una gran cantidad de cattrines trasnochados, amigos todos, guerreros de 24 horas, que por lo general se quedan dormidos donde les da su chingada gana, ahí nomás se tiran y en cuanto despiertan le dan un entre a su botellita de alcohol de caña. Poco les importa el orín o la mierda que se les ha escapado.

Tras algunas portezuelas en La Paz anidan las pobres putas de la calle, mujeres jóvenes —algunas no muy jóvenes diría yo—, cuyo aspecto es cada vez más deplorable pero que en la *night* se convierte en cachondón.

Muchas ocasiones he dado la vuelta por este sector sólo para ver si hay nuevas muchachas, pero por lo general son siempre las mismas.

Por sus rasgos físicos uno se da cuenta que son jovencitas principalmente que provienen de estados sureños.

Me desgasta reconocer cómo han cambiado su vida en una desgracia por otra, el calor del hogar por el fuego

de este infierno, algunas no saben coger, otras aquí mal aprenden.

He visto tristemente como esa vida de esquina les ha consumido el brillo del rostro, su piel se ve cada vez más maltratada por el exceso de maquillaje.

El resto del cuerpo, sus nalgas y senos se tornan flácidos y apáticos ante cualquier piropo que pudieran alcanzar a escuchar.

Ya no son lindas, sin embargo hay todavía borrachos como yo que de vez en cuando las rondan para satisfacer alguna de sus perversiones, en mi caso les leo mis malos poemas.

Por eso me he enterado un poco más de ellas que del color de sus pelos púbicos. Sé, por ejemplo, que Jimena hace tiempo que perdió la ilusión, desde que su Gilberto se fue a Atlanta hace 12 años y nunca fue ni para mandarle una postal.

Con tres niños de su Odiseo, más otros cuatro de distinto padre que la vida bajo la luz de neón le vino a apadrinar, acepta que forma parte de la más irrazonable realidad de la ciudad.

En estos días la poesía en mí se resume a meros destellos. Tal vez influya la idea de alejarme de las barras de los bares.

Es en tardes como ésta (o como cualquier tarde) en las que me empieza a dar melancolía y un hambre de la chingada.

Digo, trato de encontrar un camino para ir a comer, algo sencillo, sin embargo, no hay hacia dónde dirigirme.

Huyo de todo y todo me huye, es un juego siniestro en el que sólo escucho murmullos y cucarachas. La verdad es que estos días he comido poco, o ya ni sé qué tan bien como.

Nunca he procurado una buena alimentación, tal vez por eso siempre en las mañanas tengo un cansancio cabrón y me cuesta desperezarme, pero esto qué puede importar.

Necesito dinero, me duele la cabeza y mis pensamientos me deprimen, esto es peor que concebir un instituto de cultura sin cultura hacia la cultura de la cultura.

Más aberrante que una dispersión de artistas en una misma ciudad dispersa y sin diversión.

Más podrido que una putita de la calle Ocampo o la comezón en los huevos de quien se la tiró.

Peor que cantar una canción con el solo pensamiento para no escuchar alguien al lado hablando babosadas.

Nunca mezcles el hambre y la ausencia

Nunca metas la verga en la nómina.

Nunca te enamores de la noche.

No la tomes. No la recuerdes.

La nostalgia es la enfermedad más frecuente de aquel

[que no aman.

¡Salud!

* * *

Está el yo que hay en mí ante el espejo, hablándome y trato de ignorarlo, pero el eco de su voz es en ocasiones más fuerte que el silencio.

Tengo que esperar a que llegue el sol nuevamente para poder moverme ¿Cómo apresurar los minutos y callar esta calma? ¿Cómo lograr que el plenilunio no me intimide?

No me queda otra más que en mi impropia soledad establecida lejos del hogar, redactar estas ansias.

Soy un sin casa colgando ya de mis paredes, en este bar donde me sorprende no manejar fechas.

En mis manos quedan estas alegorías de los actos ausentes, también una referencia de lo que implica andar por esta tierra de solitarios.

Encontrarme en conversaciones internas, ser testigo de charlas ajenas para redactar poemas, son argumentos que

a simple apariencia podrían parecer sin sentido, pero que forman parte de un cauce que me conduce al final del trayecto deseado, a un lugar que en mi deseo se ha llamado Obregón.

Advierto que este libretín es un desarme de conciencia, porque al observar caigo en la cuenta de lo desolado que es tratar de creer que se existe del otro lado del espejo, incluso puedo pensar que alguien me escucha más allá del silencio o de algún lenguaje establecido.

Espero así, reconocer mis dedos cuando en lo etéreo recorra las imágenes vistas y ocultas. Es la nimiedad con la que los párpados se desprenden de cada recuerdo y se entregan al descanso, lo que me mantiene atento.

* * *

Hoy pensaba en esa extraña situación que se presenta cuando uno dice que se entrega al amor.

En mis cavilaciones trataba de encontrarle sentido al papel que juegan los recuerdos. ¿Se ama a la persona que nos acompaña o a su recuerdo? ¿Cuánto tiempo es invertido en recrear situaciones que en su momento pasan inadvertidas a la hora de permanecer con el otro yo supuesto objeto de amor? Cuando trato de responder lo anterior me da la impresión que el tiempo real es imperfecto.

Se habla del mañana, del momento que tal vez no llegará, se comenta de las acciones ya vividas, de la infancia, los amigos, la familia, pero ¿y dónde queda el ahora? ¿A qué parte de la mente corresponde arrancar la carrera directa al aquí, al instante que se vive? ¿Quién tiene la facultad de distinguir los tres tiempos, quién se aferra a vivir al presente?

El dilema es necio, para lograrlo hay que captar todas las emociones posibles, convertirse en átomo, en unidad indivisible, en sustancia, en la estancia placentera, en todo aquello que pueda provocar tranquilidad, en la guerra.

Doblado ante el reducto sonido de un consejo, la lengua ancla del profesor escribiente que bebe su *Martini* con lentitud justo al lado, me resulta agobiante.

A eso hay que sumarle 200 gotas de sudor en mi frente, el corazón acelerado y la carencia de tranquilidad en el aire.

Me tengo que conformar con voltear la vista a la televisión y fingir interés en un programa sobre la conquista del espacio.

Pienso en las velocidades de mi cuerpo a este momento. Lentitud. Desgano. Me pregunto por qué siempre me olvido de comprar alimentos cada vez que veo vacía la alacena.

*El sueño y el insomnio juegan a las cartas
mientras mi cuerpo les sirve de mesa de apostar.*

Me siento débil, sin fuerzas para sostener la pluma, pero no puedo llegar a la meta de la inconciencia que me permitiría el descanso. Duelen los ojos y el pensamiento se diluye como una manta en altamar. Es el sonido de un coche que pasa a alta velocidad con la música a todo volumen el que me regresa a la realidad.

Escribir así, de manera deliberada provoca que me pierda en la nada y que de ella deje escuchar lo que dicen mis pocas letras.

Me doy cuenta que por pasar el tiempo pensando en las imágenes que quiero descifrar, pierdo el tiempo.

No sé si sea miedo o quizá la inexperiencia de enfrentar en seco mis estados de ánimo, de confrontarme ante este reflejo que muestra cuál es mi realidad ante el mundo.

Es en este entredicho existencial donde por un lado me veo como una persona en proceso de búsqueda, que trata con firmeza consolidar sus ideales; pero también, por

el otro, como un ser abúlico que no concibe la satisfacción con nada de lo que está en su entorno.

(Te cuestionarás, mujer de neón, sobre la veracidad de estas palabras, sobre este afán de clavarme a escribir y ver el por qué he llegado a esta parte de la vida, incluso sin haberte conocido).

La mayor parte del tiempo uno va buscándose y se sorprende ante la evolución de prioridades, los intereses son una banda elástica que a ratos se acrecienta y por momentos se contrae ¿y todo para qué? No te queda más remedio que la flagelación por haber perdido las horas, tú por una cita que no llega, yo por llegar preciso a ninguna parte.

En noches como ésta, el humo del cigarrillo se revuelve tan distinto, es fúrico, pareciera que grita al transpirar en el asfalto, en las horas que el hombre pedigüño se vuelve el único tema de conversación en mis sentidos.

Alegóricamente pretendo que no escucho sus ruegos y me concentro en el tarareo de una canción, mientras los carros pasan presurosos con destino desconocido.

El hombre insiste en que le ayude. Me harta. Una mirada mía bastará para alejarle, me digo, pero nada funciona, sigue ahí.

Me aborda el dilema de comprar otro automóvil, no uno nuevo, otro. Pienso que alguna parte de mí —desconozco cuál— sería traicionada si recurriera a alguna agencia del ramo.

La intensidad de los acontecimientos en estos días ha afectado de grave manera mi estado anímico. Se vive la carrera sin respiro y no hay instante para disfrutar de los detalles. Las emociones tienen que ser socavadas, todo para no sentir el dolor de las tripas o el olor de la desesperación que impregna cada metro que habito.

Sería bueno convertirse en una sombra, como tú, mujer de neón, para ocultar así el signo que delata este

viaje a través de los espacios regresivos, que me traen a la mente un indeleble dolor que se ha estancado como un viejo embarque en las aras de un bostezo del mar.

Creo que la vida se graba o tiene capítulos importantes cuando no tienes un vehículo donde te conduces por inercia, quiero decir, es la oportunidad de valorar un cuerpo, tu carne y hueso, para dar paso a la realidad y terminar con esa relación de ficciones que uno fragua cuando va con la mente dispersa, esperando en semáforos o acrecentando las ansias al conducir a velocidades relajadas, sensaciones propias del asfalto, alucinación progresiva del ser contemporáneo.

El papel de la música en una relación de pareja es fundamental. Aunque resulte doloroso reconocerlo, uno se da cuenta o al menos se tiene un ligero conocimiento, que hay canciones que traen de vuelta a la persona que amas, cuando escuchas cantar ciertas líneas y sabes a quién y a cuáles situaciones se refiere.

Tal vez sea una maldita paranoia pero siempre le atino. Sabes que en otro lugar, mejor dicho, en otra dimensión, una historia de amor se vivió con la persona que ahora es de tu veneración y es cuando una especie de celos adormecidos empiezan a recorrrerte la sangre.

Mi voz intentaba continuar dándole una razón al abandono, pero de repente, los labios de la mujer de neón se encontraron con los míos y llegó el silencio.

La mañana me sorprende por nueva cuenta y no dejo de sentir una mezcla de vergüenza y asombro al descubrir que entre mis brazos se encuentra la oscura amante: Anoche me robé la aceituna del bar.

Reencuentro con Bátiz

La última vez que vi a Bátiz se encontraba en la explanada de la feria. Años antes, la visión era totalmente distinta a la de hoy.

Trataré de traer nuevamente las imágenes de ella, para que estas palabras cobren sentido.

Terminaba de cursar la preparatoria en esta ciudad que amablemente me abrió sus puertas a una forma distinta de vivir la vida.

Atrás habían quedado los amigos con los que crecí gran parte de hasta entonces mi corta existencia y con los que había hecho planes para el futuro, empero, uno nunca cuenta con que el destino que se nos es predeterminado tiene la última palabra.

De la noche a la mañana comencé a vivir en esta tierra de solitarios, adaptarme me costó, no pocas lágrimas y no menos chingadazos.

La frontera puede ser una puta mala que te pega la peor de las enfermedades: el desprecio regionalista.

Luego de sufrir embustes, bromas y “adaptaciones” al entorno que no aceptaba como casa, por fin, después de un par de años, como decía, cuando terminaba la educación media superior, comencé a rondar las calles de la zona centro a horas nocturnas.

Abrir el mundo en esta nueva posibilidad del desprecio, me valió una nueva visión del terruño, más agradable por su carácter bizarro.

Bares hediondos atiborrados de putas y homosexuales carnosos y con más nalgas que las propias féminas, se ofertaban en las marquesinas de las calles aledañas a la avenida Juárez, lugar clásico para recibir al *eroturismo*.

Por clientes del turismo erótico podemos citar básicamente a pendejos estudiantes y militares gringos que vienen a este país a hacer el desmadre que en su *tierra de libertad* les queda prohibido.

Bátiz es una mujer con la que tuve contacto por vez primera a principios de la década de los noventa.

Morena, de mediana estatura, alegre y a la vez sombría, acudía religiosamente cada sábado a hacer desmadre en los bares de la avenida Juárez.

A Bátiz la conocí porque pertenecía a un grupo de amigos con los que pasaba las primeras horas de la ronda nocturna.

Era impresionante para mí, hasta este entonces, vedado de la comunicación con mucha gente (salvo el contacto inevitable, era poco lo que hablaba con la raza), ver cómo Bátiz cada vez que aparecía llegaba con un novio diferente. Incluso, muchos de mis conocidos tuvieron qué ver con ella.

Por mi parte, yo me la pasaba en el *trip* constante, época oscura de meditación y asombro, de atisbo y desengaño. El mundo real no es tan real cuando se pisa con la inexperiencia.

Entregado de lleno a esa inercia, fantasía o fuga, cada vez que tenía un encuentro con una mujer olvidaba casi al instante por completo el nombre y procedencia. Llegué a salir con ejemplares tan peculiares que no recuerdo en qué momento Bátiz pasó de ser una simple figura sabatina, a una obsesión amorosa.

Desafortunadamente me enredé con una de sus amigas, la peor opción diría yo. Se trataba de una chica que aunque mayor de edad mentalmente apenas abandonaba la adolescencia, jodona como ella sola y al momento del cachondeo me encontraba realmente pedísimo, pero lo único que quería era pagar la cuenta para largarme a casa.

Este infortunio me valió las burlas de los conocidos y el acoso permanente de la chicuela, que a pesar de verme con otras mujeres, no cejaba en el empeño de que nos diéramos un nuevo “entre”; todo esto carecía de importancia, solo que Bátiz se alejaba cada vez más de mis posibilidades físicas, que no emocionales.

A disgusto del sentimentalismo —amargado y hasta cierto punto misógino—, no reconocía en las compañeras en turno un verdadero motivo para permanecer más allá de una noche o unas horas, me provocaban tedio y hasta podía darme el placer de no tener placer, simplemente para alejarme.

Es tan desgraciado el amor, que cuando llega de verdad, se desvanece.

Una noche como cualquier otra, al llegar a los bares que solíamos rondar, encontré a Bátiz entre los parroquianos.

Sentada entre dos cholos medio gorilones de El Paso —digo que eran de allá porque hablaban en inglés, muy malo por cierto y puras pendejadas—, cuando me vio, de inmediato me sonrió e hizo señas para que me sentara con ella.

Acepté su invitación y luego de conversar un par de cosas sin importancia, estuve a punto de besarla, mi cuer-

po tenía necesidad de acercarse a ella, pero cuando esto sucedió, dueña de sí, me jaló para que nos dirigiéramos al bar donde nos esperarían los demás camaradas.

El problema se presentó justo cuando la amiga hostigadora apareció y nos vio juntos, lo que devino en la escena telenovelerá: Gritos, lágrimas, moco suelto, y una ronda considerable de insultos para este relator.

Después vino la confusión, el aceleramiento de los pensamientos condujeron al atiborramiento de las palabras, a un efecto embudo, a la catarsis, liberación y muerte, tuve que aceptarlo con frialdad: Me gusta Bátiz.

Vinieron más escenas dignas de un premio de actuación por el mejor drama, patadas y por fin, el reclamo por parte de Bátiz, ya que me recriminó haber incurrido en alta traición, al haber “ofendido” su amistad con la lloroncita.

¡*Damn!*, en ese momento en lo que menos podía pensar era en la tierna descorazonada, hablé con Bátiz, le expliqué mis razones y le dije lo que sentía y simplemente se quedó callada, me abrazó fuertemente y me dio un beso breve, casi un roce de labios. Después, una nube de gente, baile y algarabía me la arrebató. Jamás en esa temporada volví a saber de Bátiz.

Su beso es uno de los que más emociones me han provocado. No se trató de un beso largo, ni demasiado cargado de técnica de quien ha conocido más de una docena de personas, sino de algo puro, que indudablemente me hizo sentir una descarga de sensaciones irreconocibles, mejor dicho, inaceptables por mí en ese tiempo.

De haber admitido que me había enamorado, las cosas en ese entonces hubieran sido distintas, pero en estas cuestiones el tiempo no se detiene y el cauce de la inexperiencia nos lleva por donde le da su rechingada gana.

Me alejé de los lugares frecuentados hasta entonces, comencé a buscar nuevos tugurios, así encontré El Recreo.

De Bátiz sólo me quedaba el recuerdo de su beso y su imagen a lo lejos, perdida en el neón.

No era bella al grado de ser una beldad, tampoco tenía de su lado la popularidad, pero me era necesaria y su recuerdo me frecuentaba el pensamiento los sábados de madrugada.

Con el paso de los meses, lo único que supe de ella a través de una amiga en común, es que continuaba con su vida de acompañantes efímeros, con un plus: Se había metido al consumo de drogas duras y la pasaba mal a ratos. Encontrarla fue imposible, me dijeron que ya no habitaba con sus padres, se había mudado con uno de sus novios circunstanciales.

Han pasado los años y en un concierto —de no recuerdo qué grupo de rock nacional—, volví a verla: Demasiada, el cuerpo muy distinto al que yo conocí, la mirada al igual que su sonrisa habían perdido ese brillo que me había cautivado en los primeros tiempos.

Solamente su voz permanecía intacta, no fue difícil saber que era ella, aún con el griterío.

Sólo fueron unos segundos, intercambio de miradas, un apretón de manos en el que se marcó un adiós premeditado y luego volver al mundo que cada uno había decidido para sí.

Nunca admití que me enamoré de Bátiz. Ahora lo veo con calma, sé que pude haberlo hecho, pero no era el momento, el momento es un nunca que siempre nos depara sorpresas, me dice este lado del cerebro que aún la guarda en su cajón de inocencias.

Espero que esté bien, yo otra vez salgo los sábados y le espero despierto para que me dé su abrazo en la madrugada, aunque sea con otros rostros y otros nombres.

Stoned, que me gana la fe

Ya no estoy joven, estoy perdido en mis días de madurez inmadurada, siempre voy en busca de no buscar, mejor me callo, esto de hablar es extender una serpiente para que a su propia voluntad le crezcan alas.

Me equivoco en cada palabra que trata de sostenerme en mi venganza contra la humanidad, soy yo el hombre/solo/lobo contra el mundo y mi cristal se rompe en un suspiro.

Veo por ahí que alguien no le entiende a la Naranja Mecánica y yo no dejo de pensar en el jugo de uva. Veo alacranes en las nalgas de la señora que reza con fervor, rostros de asesinos en cada uno de los que salen en la sección de sociales del periódico.

Hay alguien que no desayunó está mañana y tiene los ojos del mundo encima por el ruido de su estómago.

Estoy cansado de mi cansancio y esto se acentúa en una Redacción que es callada los sábados.

Me doy cuenta que entré a la segunda fase del proceso de pérdida de encanto porque decidí acudir con un amigo que es doctor para poner fin a mi alcoholismo.

Ayer lo visité y me dio una hermosa lista de las cosas que no debo consumir ni de broma, entre ellas mis adoradas cervezas.

A cambio, me recetó unas lindas y diminutas pastillitas, de las cuales me tuve que tomar tres esta mañana. Son pequeñitas, redonditas, son tres, hermosas y blancas, de seguro ya se deshicieron en mi organismo y justo ahora siento sus efectos que empiezan a apoderarse de mi ser.

Ahora recuerdo que la boticaria me dijo que una de las lindas pastillitas era de uso restringido, una hermosa sustancia prohibida y la hace sólo utilizable por receta médica.

I'm stoned. No-lo-sé. Siento la nuca y las manos hiriendo, los ojos me los veo más grandes de lo común y la pantalla de mi computadora tiene unos colores realmente hermosos.

Justo ahora acaba de pasar la virgen de Guadalupe a mi lado. Pero no me sonrió, no soy Juan Diego, soy un puto inquisidor que se va quedando sin palabra. Un ser contemplativo. Disfruto cada sentido, sentado en mi cubículo.

Las recepcionistas, cuando hablan para vocear a alguien, me recuerdan la película de *Blade Runner*. No sé por qué, últimamente veo geishas por todas partes y no he comprado condones, ni siquiera he podido ver de nuevo la porno que tanto me gusta.

Sexo por todas las cavidades. Soy un animal en vías de la domesticación. En mi mostacho una cana luce rebosante y altiva, igual que la de un perro pastor alemán.

Llegó a una tienda y me desconozco entre los aparadores, camino lento, elástico y por fin me decido a acercarme a la caja. Debo pagar los dos dulces que tomé de

forma mecánica, aunque pensándolo bien, mejor compraré cigarrillos antes de irme al templo de San Lorenzo a ver feligreses que se hincan para pagar mandas al mártir.

* * *

El odio es una de las facultades que tengo para renovar mis instintos. A raíz de que acepté un tratamiento médico, vivo constantemente atormentado por *flashbacks* que me remontan a épocas poco cordiales, lo que deviene en un cambio en mi carácter que va de la sonrisa a la observancia de colmillos dispuestos a clavarse en su presa.

Viene el odio desde lo más profundo del aire, se resrega en mi rostro para recordarme cada vez que me veo al espejo quién soy en realidad: Está la bestia en mí esperando la oportunidad para que le abra la puerta, se ríe de los comentarios exteriores, vigila cuidadosamente al enemigo, últimamente ha dejado de buscar batallas, pero eso no le resta facultades vengativas.

En mí el yo/lobo/escapador tiene preparada algo de sangre para ciertos adversarios incómodos, personillas que de alguna forma se sintieron parte de un mundo que no les corresponde y quisieron llegar a arrebatarse el vacío en la barra de bar al que asisto. A todos ellos, tan infames y malditos, les espera una venganza no sutil e indirecta, sino vista de frente y despiadada. Sabrán del miedo cuando lo vean al tocar con las pezuñas sus lágrimas, sientan el hedor del aliento y el calor de las fauces en sus gargantas... (creo que necesito tomar agua o algo urgentemente, estos pensamientos me invaden cuando tengo sed).

El *clown down*, errante

He decaído, totalmente estoy perdido en la razón. Tal vez el exceso de trabajo me orilló a este sino de locura. Estado mágico, sublime. Ahora me arrastro por los cerros pidiéndole perdón al ángel por todos los errores cometidos, por las noches en las que no estuve al lado de los míos, por los días en los que no le sonreí a mi esposa antes de partir a trabajar.

Ahora lloro en cada palabra que pretendo usar para agredir, me desenvuelvo entre pretextos para concederme un poco más de ausencia. Sé lo que duele y yo mismo me lacero.

Busco con el dolor expurgar la pena que me congela, pero es imposible librarme de las cargas mentales.

Allí está el dolo, la falsa esperanza de satisfacción me ha obligado a agredir, a intentar llamar la atención, reivindicarme ante la sociedad dando gritos y vueltas, recurrien-

do de lleno a los papeles que otros como yo han jugado con anterioridad:

Un hombre formal más para morir anónimamente feliz.

* * *

Busco el error y lo resalto, señalo e incrimino como pretendiendo ocultar de esa forma el horror que me apremia de manera constante e incisiva.

De nada me vale escribir cuando los amigos se han ido, mientras levanto la mirada y espero que un tráiler de la medianoche se detenga y me lleve de nuevo a ninguna parte, acepto que no hay peor abstención que la de dejar de vivir.

Cuando el dolor llama a la puerta

Después de vagar por la vida desdeñando los sentimientos bellos que otros pueden sentir por nosotros, tomé en cuenta que el riesgo de resultar con lesiones en el alma puede ser mucho más grande de lo que imaginamos.

Nos dedicamos a agredir, a vivir en la suculenta parodia del progreso, inventándonos posiciones para destacar de nuestras ansias de reconocimiento, pero en el fondo de la risa sabemos que el niño inocente que llevamos siempre está en busca de que aprueben sus actos.

La vida con mis amigos siempre ha sido así, de dolor y desencanto, por eso procuro mantenerlos a distancia, verlos una vez en un siglo, para juntos olvidarnos del fracaso y continuar escalando esta cima de errores que es la vida.

Sólo por una vez, me olvido de la alegría y regreso a los tiempos de bonanza, cuando caminar por el centro de la ciudad se resumía como uno de los placeres más grandes;

como eterno solitario, me adentraba en las vértebras más inhóspitas de la ciudad, como buscando no encontrarme a nadie, pero siempre estaba alguien con quien conversar.

El amigo, esa extraña imagen que a veces olvidamos, por siempre permanece aunque el insulto nos gobierne en las palabras.

Mientras sigamos riendo, no podremos olvidar jamás nuestra inocencia y por lo tanto, estará siempre en nuestra mente el recuerdo de quienes alguna vez formaron parte de nuestra existencia, corrijo, de quienes fueron parte de una existencia que tomó esta forma en que hoy estamos.

Sí, nos olvidamos pronto de aquél que nos hizo reír aquellas noches de tormenta, en las tardes solitarias cuando darle de comer a las palomas era el único pretexto para desahogarse de la muerte en vida que vamos viviendo los que nos quedamos solos. Por alguna circunstancia la mayor parte del día permanecemos solos, es únicamente el yo de la conciencia el que nos hace permanecer vigentes, por eso nos aislamos rodeándonos de gente, para poder de alguna forma recuperar momentos.

Buscamos un pasaporte a mejores tiempos, pero nunca el alba marca los mejores días, ni siquiera sabemos por qué las horas a ciertos instantes son más lentas, hasta que algo insignificante en apariencia, como hacerle un tributo a la vida de las hormigas nos demuestra que estar lejos de quienes alguna vez amamos, simplemente nos puede convertir en personas, no sé si mejores, pero en ese ser que está atento cuando algo importante suceda. El riesgo de la vida es eso, morir en cada instante.

El sagrado arte del embuste o del *everybody's weirdos*

¡Pásele, pásele! Mira tú, amigo, lo que hoy les vengo a comentar, pero venga para acá, arrímese y verá uste' cómo es que la suerte le sonríe, ahora que el maestro Manuel le diga su porvenir y su suerte, ¡acérquese!

Camino por la noche sobre la calle Rafael Velarde, una de las principales del primer cuadro de la ciudad en lo que a comercios informales se refiere:

Cada día miles de peatones transitan en busca de artículos provenientes del extranjero, internados presumiblemente de forma ilegal a esta frontera y por ende, más baratos que en los comercios establecidos.

En este sector, que lo mismo trabaja de día con comercio formal y de noche por mercaderes informales, es común encontrarse con personas que se dedican a realizar actos adivinatorios o relacionados con la superchería y por ahí también, hay unas tortas que saben bien chidas y a las cuales me dirigía antes de llegar a El Recreo, pero...

Es en este entorno donde dos jóvenes que se hacen llamar “maestros” Manuel y Esteban, cuyas edades no pasan los treinta años, preparan su tendido y a grito pelón atraen la mirada de curiosos transeúntes para dar inicio a su presentación “mágico-sanadora”.

—Yo les traigo aquí, señoras y señores, los recursos ancestrales para que tú, amiga afligida por los desamores, o tú caballero que tienes crisis en el trabajo, puedas encontrar una alternativa en tus posibilidades, para que llegues ese aumento, para que te den ese ascenso que tanto esperas, arrímate y sabrás.

Con vestimenta más corriente que común, los individuos van mostrando a la audiencia transitoria sus implementos de trabajo: Un juego de baraja española, un pequeño mantel, tres paliacates (pañuelos), una botella de agua, piedras de colores llamativos, un maletín y una alforja con cinta en cuyo interior se guarece una serpiente lánguida y tuerta.

Uno de los profesores —como también se mencionan—, saca de la alforja el ofidio para mostrarlo a los cerca de quince curiosos que ya se muestran atentos a cada palabra de los supuestos psíquicos.

La presencia del reptil llama la atención de un número igual de peatones que invariablemente detienen su presuroso transitar a la expectativa de las palabras de los exponentes, que mantienen a lo alto el animal.

Una vez cobrada la atención de una considerable cantidad de incautos, viene la arenga:

—Dígame usted, maestro, lo que hará con este magnífico ejemplar que por siglos ha sido respetado en las culturas milenarias desde el antiguo Egipto hasta los mayas

—Claro que sí, profesor, con esta serpiente venenosa, una de las más peligrosas que la creación nos ha otorgado, yo les enseñaré a todos nuestros amigos, los poderes que me fueron heredados por nuestros ancestros y de los cua-

les hoy voy a dar testimonio para ayudar a todo el que así lo deseé.

—Hábleles, maestro, explíqueles a nuestros amigos cómo es que usted hará los milagros con ese animal sagrado...

—Sí, cómo no, profesor, con los poderes que ahora tengo, yo haré que este anfibio se pare y que nos muestre su altura...

—¿Usted está diciendo, maestro, que hará que la serpiente se pare en su propio cuerpo y se mantenga derecha como una regla o un roble antes de ser talado en el bosque?

—Exactamente, profesor, eso mismo haré, sólo le pido a la gente que nos acompaña que se acerque más para que la energía que aquí se concentra me ayude a realizar tal prodigio...

Acto seguido, el llamado profesor invita a los mirones a que se acerquen en un cuadrante que él mismo va delineando con el agua que trae en la botella y que va esparciendo en un espacio de 3 x 3 metros.

En tanto, el autonombrado maestro se coloca uno de los paliacates en los ojos y se pone de espaldas, para hacer “oración”.

Es justo cuando el maestro se encuentra en estado de “concentración”, que el profesor recurre a las barajas españolas y “al azar” las reparte entre los espectadores.

—¿Dígame si está preparado, maestro?

—Estoy preparado, profesor.

Al decir esto, besa una medalla con malformados ídolos hindúes, tal vez *Sri Brahma* o *Shiva*, se aprieta el pañuelo en los ojos y exhala aire profusamente.

—Concéntrese y manifieste: ¿cuál es la carta que le di al caballero? Espere (aquí hay palmaditas en el hombro izquierdo), piense bien la carta... no me diga aún (palmadas del lado derecho), debe saber ya que carta tiene este varón...

—Lo sé, profesor, se trata de un tres de espadas

—¿Seguro está, usted?

—Tan seguro como sé de los venenos mortales que contienen los colmillos de la serpiente, como sé de los misterios que se me han revelado, como podría saber también de las soluciones para los males que le aquejan a cualquiera de los que están reunidos aquí esta tarde...

—No me diga más, maestro... ¿Caballero conocía usted a alguno de nosotros? Hable con sinceridad y fuerte para que si alguien nos conoce, sea la hora de que nos lapiden por estafadores.

—No, pos no, yo iba a...

—¡Es el poder de la mente! Telequinesia le llaman los estudiosos, la telepatía heredada es lo que hoy nos hace conocedores de la sabiduría de los grandes sacerdotes de la antigüedad... pero acérquense, acérquense más...

Dicho esto, nuevamente se rocía con la botella, ahora el círculo se reduce a 3x2 metros. Dejando el agua a un lado y viendo cómo se retiran algunos de los curiosos, el llamado profesor toma ágilmente el pañuelo que yace en el pavimento y comienza a instar a que no se retire nadie.

—¿Te vas, amigo, amiga? ¿Cómo te marchas sin saber que tal vez tu vecino o pariente te está haciendo un mal y no lo notas? Sólo percibes deudas, enojos con tu esposa, malas calificaciones y rebelión de tus hijos, no te apartes porque, mira, éste es un simple trazo (al hablar va realizando extraños nudos) ¿cómo sabes si te han hecho algún encanto? Obsérvalo bien, porque este simple paliacate, puede ser un muñeco para hacerte daño, alguien que robó tu prenda, sí, esos calzones, esa camisa que te falta e incluso ese calcetín, lo trozó alguien que quiso hacerte daño y ahora lo tiene en esta forma...

En este momento un ¡Ohh! colectivo hace que se acerquen más transeúntes

—Mira, éste es uno de esos monitos de vudú con la fuerza heredada al maestro, él lo moverá ante tus propios ojos, acércate, ¿Lo hará, maestro?

—Claro que sí, porque este poder que tengo no es para hacer daño, sino para curar males, pero que se acerque más la gente necesito sentir su energía, dales cartas...

Es este el último acercamiento de la gente, la botella de agua marca el nuevo escenario 3x1 metros.

—Mira tú, que aún nos ves con recelo —me dice—, no somos estafadores ni te pedimos que nos des dinero, todo se logra si tú tienes fe, solamente... Es más, esta tarde te daremos un talismán, extiende tu mano y te lo daremos.

Aproximadamente una docena extiende la mano y se les entrega un pequeño bulto de terciopelo rojo.

—Con los poderes que se nos heredaron ahora, pedimos a la Santa Virgen, a la *Haré Krishna* y al Creador Supremo que nos conceda aliviar todo mal... mira, tú, cada día del mes que coincida con el de hoy, durante un año, vas a rezar lo que hemos dicho y verás los cambios en tu vida, nosotros no somos estafadores... Maestro, dígame a alguien su nombre, véalo, a este caballero —me habla a mí— que me presta su credencial de elector, dígame su nombre... con los poderes 'imperiales' que le fueron heredados, saque de dudas este 'cuadrilátero' de almas en desdicha...

—Ya estoy concentrado, le diré el nombre del caballero... se llama Julio César

Un nuevo ¡oh! se escucha entre la gente.

—Cómo verán ustedes, no somos charlatanes, los queremos ayudar, es más, un nuevo regalo, aquellos que quieran mejorar en su economía, saquen una moneda, un billete y extiéndalo, repitan conmigo esta oración...

—Profesor... Profesor

—Ahora repitan esto para que nadie sufra de amores

—Profesor...

—¿Dígame, maestro?

—Me voy a quitar la venda para conceder a quien así lo deseé, la ayuda que necesita, estoy dispuesto a dar las respuestas que me fueron concedidas por los sabios, y sólo a aquél que crea le podremos ayudar...

—Así es, maestro, así como usted les ayudará, nosotros no vivimos más que de la ayuda, aquel que nos quiera auxiliar será asesorado sin compromiso, el que guste dejar la moneda en la carta, recibirá una carga mayor de bendiciones... por acá al lado derecho serán las consultas, hagan una fila...

Monto aproximado de los donativos: 420 pesos. Personas a la espera de respuesta: Tres. Duración de la presentación: Entre 15 y 20 minutos. Cinco actos diariamente.

La serpiente nunca se paró, el monito nunca caminó, pero haberme callado que mi nombre no era Julio César, me valió esta noche el “milagro” de llevarme 200 pesos que aparecieron discretamente al finalizar el acto, cuando me regresaron mi credencial de elector y que sirvieron para invitar la primera ronda a los conocidos de mi encierro.

El poeta errante

Con los poderes de la magia ya en mis manos, reconozco una vez más para mi bien: Eres poeta, te vistes como tal. Sales a la calle a vender tu embuste. Te cambias de ciudad cuando la vida ya no le sonrío a tus historias ficticias. Buscas nuevos nombres, otras palabras para justificar tus poemas, pero siempre son los mismos poemas. Los de hace tres años, los de hace 10 años. Puedo verles la espina dorsal. No lo niegues. Recuerda que el dolor es uno, no puede cambiarse como se renuevan los amores. El dolor permanece, lejos de la risa, soplando en las orejas de Dios.

Está allí el dolor para perderte en el olvido, está allí el dolor para cansar las esperas más pacientes.

Yo que te enseñé a ver los pájaros en la plaza reconozco este vuelo, ahora veo que nuevamente las puertas de la locura se abren y no hay nada que ver bajo la fuente, siempre el hambre de la verdad termina por comernos a pedazos.

La Salvación de nuestros nombres

Desde el principio fuimos sólo uno, con el tiempo nos fuimos aceptando como tales, salvo raras excepciones nos sentamos en la banqueta del rencor a ser parte del engaño impuesto por nuestros padres.

Luego crecimos. Vinieron las nuevas costumbres y con ellas, por fin, los nuevos nombres, nuestros nombres. Ahora vamos por las calles de este pandemónium electrónico diciendo quiénes no somos, pero quisimos ser en la realidad. Yo soy Zerk Montecristo.

En la barra ahora puedo ver los rostros y encontrar entre ellos, al asesino en el espejo. Cada quien desde su no estancia se busca, en un afán por comunicar se incomunica y vuelve el uso de este artefacto llamado corazón, un confesionario.

Algunos escribimos para borrar nuestros errores, otros, los muchos, leen para hacer otro tanto. Por eso adoptamos una nueva identidad y nos cuesta menos

aceptar los sentimientos nobles o agresores (según sea el caso), por eso morimos o entramos a una especie de sueño de vida, como lo plantea Salman Rushdie en *Los Versos Satánicos*.

Resurging the wolf

Es el momento en el que la rabia comienza a filtrarse por los ojos, cuando aparecen en mí las fuerzas suficientes para deshacer a ciertos hijos de puta que me quiero ya topar en la calle o en algún evento.

Sentado en una banca a la entrada del área de personal, me encontré con un hombre de aproximadamente cincuenta años, enclenque, con signos de haber dormido poco y desaliñado.

Portaba en la bolsa derecha de su camisa una de los distintivos que se les ponen a los visitantes en esta casa editora cuando vienen a tratar algún asunto y pasan a las oficinas.

A simple vista, he de admitirlo, el personaje en cuestión no me dio buen aspecto, será porque reunía las características de los poco queridos por la sociedad llamados heroinómanos —mis *Robinsons*—, por su adicción a la heroína.

Luego de algunas horas, bajé a fumar me el típico cigarrillo de mediodía, precisamente en las bancas que se encuentran a la entrada del periódico, lugar destinado para los *chacuacos*.

El hombre, cuyo nombre no recuerdo, ahí se encontraba aún y sin mayor preámbulo comenzó a platicarme su historia. Se trataba de un trabajador, mensajero de unos abogados de la hermana ciudad fronteriza de Tijuana. Con voz pausada, probablemente por la mala racha que había pasado en las últimas horas, me narró que vino a esta ciudad, de la que es originario, para arreglar unos asuntos personales relacionados con el registro civil.

Su problema inició con la burocracia que reside siempre en este tipo de instituciones gubernamentales, y lo que pensó que iba a ser un viaje relámpago, se postergó ya por varios días; esto devino en que los fondos que había destinado para viáticos se le fueron acabando, al grado que ahora le faltan poco más de 120 pesos para completar su pasaje.

Sin comer y en la ausencia de un lugar donde quedarse a pernoctar —ya no hablemos de asearse—, este viajero ahora recurrió a un conocido de sus patrones que labora en este rotativo.

Tras varias horas de espera, justo cuando platicaba conmigo le dieron la noticia de que el susodicho amigo de sus jefes había llegado.

Nuevamente la esperanza brilló en sus ojos. Lo primero que el tijuanaense por adopción acertó a recordar fue a su familia.

—Tengo 15 años de casado, mi esposa quiere venir a conocer... pero ya está todo cambiado... de veras que por mis chavos se hace lo que sea, incluso estar aquí, prácticamente como limosnero, a la espera de una ayuda.

Aunque no soy fácil de conmover, sus palabras me quebraron, por lo que decidí sacar un cigarrillo más y continuar escuchando su historia.

Su extraña naturaleza de origen, lo obligó a hacer el viaje. Tiene tres madres. Me explicó que su verdadera madre lo puso en adopción y luego de que su segunda madre pasara por situaciones económicas insostenibles, pasó la patria potestad a otra mujer, cuando él tenía 15 años de edad.

La última de sus madres reside en Toluca, por lo que verla es un evento que ocurre, cuando hay suerte, solamente en las fiestas navideñas.

Aunque de sus hijos poco habló, al momento de mencionarlos era cuando dedicaba su mirada al vacío, como si de esa forma pudiese alcanzarlos.

En el cielo de esta tarde las nubes se siguen formando y hay viento, tal vez llueva, pero eso no importa.

—Siempre hay un camino por salvar —me dice.

Dándole la última fumada a mi cigarro, solamente pude reparar en levantarme y casi de forma automática, tomar el billete de 20 pesos que guardaba celosamente en la cartera.

—Cómprate una torta o un burro en los puestos del Seguro —le dije, y estrechando su mano, me regresé a la Redacción.

Paradójicamente no me siento mejor por haberlo ayudado. Estoy triste. Inmerso. Creo que nada me hubiera costado recurrir al cajero y sacar la cantidad que le faltaba para regresarse a su ciudad, pero no lo hice. Fue lo correcto. Todos formamos parte de este viaje de incertidumbres y solamente acumulando estos eslabones de entereza podemos generar una nueva visión hacia el olvido de nuestros egos sociales, o lo que es lo mismo, a nuestra afanada búsqueda por un mundo menos peor.

Por cierto, por la fisonomía de este bato, no dejé de acordarme de don Quijote de la Mancha. Tal vez sea él, en este desvarío, participando en su perpetua cruzada. Eso quiero creer.

* * *

Durante los años de mi vida que fueron destinados a la universidad, conocí a una innumerable cantidad de personas, pero sólo unos cuantos lograron formar parte de mi crecimiento existencial. Uno de ellos es Jorge, mi carnal, el Razzia, a quien recordé después de dejar atrás al Quijote tijuanaense.

El mote de este ex compañero de vivencias estudiantiles y hoy gran amigo ausente —la distancia nos separa ya que hoy radica en la ciudad de Chihuahua—, se lo ganó debido a que ése era el nombre del grupo de rock en el que incursionaba en aquel entonces.

A Jorge, de rasgos duros y actitud similar ante la vida, lo conocí cuando por diversos motivos tuve que tomar clases en horario mixto, cuando acudí por vez primera a la clase de Teoría del Estado.

Aunque no nos parecemos físicamente en realidad, la imagen que teníamos para esos días era muy similar: Cabello largo en coleta y atuendo desaliñado. Esto valió para que mucha gente pensara que éramos hermanos. El tiempo hizo lo demás para que esa fraternidad se cimentara.

Como muchos jóvenes de la entidad, Jorge, originario de Cuauhtémoc, Chihuahua, tuvo que emigrar en busca de una mejor oferta educativa, ingresando a la Facultad de Ciencias Políticas, acá, en la *Ciudad del Crimen*.

El día que nos conocimos yo llegué tarde a la clase; al sentir las miradas de un grupo distinto, lo único que hice fue que apuradamente me acomodé en los pupitres al fondo del salón. Allí estaba él.

Al terminar la clase, intercambiamos algunas frases y ya para el fin de semana habíamos hablado de la posibilidad de que él se mudara a mi casa.

Durante algunos meses estuvo viviendo con parientes políticos, pero la necesidad de movimiento y espacio lo hizo pensar en cambiar de residencia.

Luego de afinar detalles, por ejemplo, hablar con mi madre quien aceptó con gusto al nuevo inquilino, Jorge

mudó sus pertenencias en mi estropeado *Grand Marquis*, modelo año de la patada.

Los años de la universidad cobraron un matiz distinto desde ese momento; con carácter fuerte y comentarios cargados de humor negro, compartir la habitación con Jorge fue una experiencia además de enriquecedora para ambos, también llena de vicisitudes y penurias.

Eran los tiempos en los que apenas definíamos nuestro verdadero rumbo, cada uno se había decidido por seguir un camino distinto. Él permanecía en la lucha por consolidar su propuesta musical, pese a la apatía de los demás integrantes de la banda y yo, mantenía de alguna forma oculta, mi placer por las letras.

No sabíamos que ya éramos quienes buscábamos ser, sólo faltaba tiempo para confirmarlo.

Por azares de lo cotidiano al pasar un año y medio, Jorge se cambió nuevamente a otro lugar, un departamento que comenzó a rentar con un paisano suyo, experiencia que no le resultó del todo grata.

Luego vinieron otras mudanzas y finalmente en la última etapa de su vida como habitante de la frontera, vivió en casa de la que fue su novia por varios años.

Esa relación, como suele suceder con las largas relaciones de noviazgo, terminó en tedio y desolación. Un día, simplemente Jorge se fue de regreso a su hogar paterno, dejando atrás escuela, amigos y futuro profesional.

Luego de algunas visitas que realicé a su lugar de origen, supe que sus planes musicales continuaban —al menos no había perdido la motivación—, pensé en ese momento.

Yo por mi parte, me mantuve en el vértigo de las relaciones esporádicas, del sexo pasajero y la concupiscencia a más no poder. Tiempos buenos, pero no al grado de ser añorables.

Andar en solitario por las calles, después de todo, en la efervescencia de una noche de excesos genera tristeza, angustia, dolor de ser sin pertenecer a nada ni a nadie.

Jorge, en uno de los viajes que hice en periodo vacacional de trabajo me dio una sorpresa: Se casaba. Aunque en primera instancia no se encontraba del todo convencido —nunca fue afecto a los convencionalismos sociales—, hubo un poder mayor que lo hizo dar el fatídico paso: Una hermosa niña que para ese tiempo ya tenía un par de años de alegrarle la vida.

Yo me encontraba en una de las etapas más duras de mi vida, enfrentaba la víspera de mi divorcio, por lo cual no encontré mejor escape que largarme mucho a una tierra donde prácticamente era un desconocido, a la sierra. Esa fue la primera ocasión que pensé en la posibilidad de emigrar a Obregón, pero el tiempo, la carencia de recursos y de valor, me obligó a posponer mi viaje.

Después de ese encuentro, en el que el alcohol, la noche y las canciones fueron aminorando la ignominia, la distancia jugó un papel determinante y definitorio.

Fueron escasos los momentos de comunicación, salvo algunos correos electrónicos esporádicos, poco sabíamos uno del otro.

Jorge con su nueva banda, “El Orden”, visitó un par de ocasiones esta ciudad, pero por diversos motivos no pude acudir a escucharlo.

En la última ocasión que vino, yo me encontraba dormido, luego de una fiesta que me duró un día y medio consecutivo de alcohol, mujeres y otras sutilezas que alegran el vacío existir del poeta.

Recuerdo que esa noche la iniciamos Dolores Dorantes y J.G. Pérez en el bar y luego terminamos siguiéndola en el departamento del JG, pero en un momento de la madrugada la Lola simplemente se desapareció y luego ya para la media mañana recuerdo que el *Jay* manejaba sobre el Río Bravo a donde habíamos ido expresamente a mentarle la madre a los migras. Después me dio un aventón a casa y terminé fulminado.

Cuando llamó a la casa de mi padre para ponerse en contacto, mi viejo, como suele actuar en estos casos, no me despertó, ya que sabía que de inmediato me hubiera ido a seguir la fiesta.

Esto no fue bien recibido por Jorge, que de alguna manera sintió que no quise recibir su llamada. La distancia se hizo más honda.

Luego de un año he vuelto a ver a Jorge, vino un sábado a tocar en un bar de la avenida Juárez a un festival de bandas *heavy metaleras*.

Aunque reticente, me llamó para dar aviso de su llegada y luego de un saludo frío de su parte, nos pusimos de acuerdo para vernos por la noche.

Luego de adaptar la vista en el oscuro antro, logré distinguir a mi amigo, curiosamente, él también se está dejando crecer el cabello igual que yo, por nueva cuenta.

Y es que en la etapa turbulenta —el divorcio y esas cosas—, cada quién en su tierra vital optó por tumbarse la melena, así como así, sin explicaciones a nadie.

Un fuerte abrazo, besos fraternos y miradas extendiéndose entre el tiempo, nos dejaban constatar que a pesar de los cambios físicos, seguíamos siendo amigos, carnales pues.

¿Cómo contarle la vida a un amigo casi hermano en unos minutos y con el bullicio alrededor? No sé cómo, pero de alguna forma logramos hacerlo. Luego vino el silencio.

El Razz fue contundente al señalar el silencio y la manera en la que prácticamente nos estudiábamos.

—Me ves como si fuera no sé qué —me dijo.

—Lo que pasa es que veo que ahora somos quiénes queríamos ser, tal vez desde el primer momento lo fuimos, sólo que no teníamos el valor para aceptarlo —respondí.

Luego vinieron los brindis, más abrazos y el traslado a un bar menos *noisy*.

Ya en El Recreo, vinieron nuevas rondas de cerveza, canciones, fotografías instantáneas, culos pendulantes de veinteañeras sobre las sillas del lugar, la velada tocó su fin.

Mi carnal Razz y yo nos despedimos con el cariño reafirmado de una amistad que ahora sé, ni el tiempo ni la puta distancia podrán derruir.

Tal vez ahora nos alejamos sabiendo quiénes somos, ya no nos hemos visto, pero sé que aún queda mucho camino por recorrer en este sinuoso trayecto que me llama a Obregón.

Todo es porno

Todo lo que no se habla es porno, una imagen grotesca que se distorsiona a lo eufónico, trasladándose a lo eufórico por los vacíos de la carne, en la península del beso.

Abre las bahías del silencio para conformar el mito, paso a paso entre quienes descansan se percibe la presencia de la lucidez, las gotitas de sudor cachondo se escurren lentamente, por el labio superior, entre las cejas, por las espinas dorsales.

Es aquí donde nos vamos perdiendo como relojes sin tiempo que perder. Leemos hasta perder la memoria de quiénes somos.

El abismo del yo es entonces caminar descalzo por una calle de una ciudad que visitamos por vez primera.

Hacer de la bohemia una misa en una mina y ahora que en internet todo viene en devenir, me acuerdo que cuando escribes porno apareces desde un enfoque distinto.

Puedes ser una bruja en la hoguera o un criollo a punto de consumir la independencia.

Porno es una buena palabra para aparecer en otras mentes. Todos somos algo por no ser nada.

Y escribir es mi forma de subsistencia, de alguna manera creo entender a los que se dedican al teatro y pese al estado de ánimo que guarden, tienen que salir a representar sus obras.

Escribo las historias de otros y me desgasto como una consecuencia, despacio. En una nota periodística siempre falta espacio para contar todas las emociones.

Peor aún, las estructuras informativas impiden por lo general el uso de emociones, todo se resume al hecho.

Intuyo que esta desensibilización de alguna manera ha afectado el comportamiento del lector, que ya poco le importa si una persona muere o se saca la lotería.

La narrativa utilizada por los medios va rompiendo con los enlaces afectivos del ser humano. Todo es trivial.

Hablamos por el compromiso de tener una lengua, coexistimos por el interés mismo de la notoriedad, nada hay que nos afecte más que el pasar desapercibidos.

Por fortuna o en contraste, la sección en la que ahora trabajo trata precisamente de darle voz a estos grupos sociales, a estos casi *getthos* (*¿se escribe así?*) que abundan en la cosmogonía fronteriza.

No puedo negar que escribir al menos en cuestión literaria, puede tener sus ventajas, por ejemplo, puedo ahora mismo dejar constancia de este momento sin que eso implique mayor complejidad mental.

O también, tratando de desenmarañar mis sesos, sólo eso, puedo gritar abiertamente que ¡Qué puta es la palabra!

Si bien sabemos la literatura no da para comer, no podemos decir lo mismo de los premios, las becas, las menciones, que si proveen —y lo siguen haciendo— de recursos a más de tres escritores/as malditos/as para seguir dándose a conocer.

Si no es así, ¿entonces por qué re jodidos siguen participando en encuentros? ¿Para qué alzan la voz ante un auditorio aparentemente sordo y mudo que no tiene mayores opciones que escucharlos?

Esta falsa doble postura ante el quehacer literario, esta grilla de mierda innecesaria, ente que se superpone al trabajo del que se dice *escribidor*, es solamente un artilugio para colmar las ansias de vieja de lavadero, actitud que muchos gustan de procurar en sus discursos literarios.

Ya me está valiendo madre los posicionamientos en cierto sentido, en el sentir incierto de quien no tiene otra opción más que escribir, no está otra visión sin más afán que el declive. Un nuevo surgimiento. Palabra vieja que se reinterpreta con nuestra percepción.

Escribimos para alejarnos de nosotros mismos, en el veneno encontramos la salida a nuestra desgracia vivencial cotidiana. No hay fórmula para ser buen escritor, sólo se es escritor.

Los halagos son tan circunstanciales como no traer condón en la madrugada que jamás pensaste fornicar, como crear el mejor verso en meses y dejarlo abandonado porque no fue sentido en ese instante o peor aún, ese apunte en servilleta magistral por descuido olvidado en la mesa y usado por un mesero para limpiar los restos de la copa que derramaste.

Son las propias palabras las que condenan a seguir escribiendo, no son las manos el ejecutor de la tragedia perenne de los años que restan por vivir, es el pensar. Quien piensa escribe sin poderlo evitar. Es un ejercicio automático e inevitable. Escribir no es redactar.

Decía el pintor Antoni Tàpies sobre la identidad del artista conceptual: *Para mí las individualidades siempre han contado más que los "movimientos" o "grupos". Creo que la "personalidad" es todo en arte. ¡Incluido el nombre del autor! Esto puede parecer un vedetismo, un culto a la personalidad, es falso. Creo que*

cuando un espectador conoce el nombre, la persona y la manera de hacer de un autor, tiene más ayuda para "leer" una obra determinada. Firmar una obra puede ser, pues, un factor de comunicación muy importante. Es un mal entendido sentimiento demócrata el ocultar el nombre o decir que la personalidad del autor no tiene importancia.

Mi visión es similar a la del artista plástico, de alguna manera descanso al pensar que me gustaría dejar de estar pensando, pero esto es una rueda y estamos inmersos.

Aquellos villancicos

Vuelvo en el automóvil al periódico luego de largas horas de vida nocturna. Exhausto, me dirijo a mi cubículo a digerir un poco las ideas con mis ya de más masticados sentidos.

Vengo sin proceder de alguna parte en específico, la ciudad se enrosca y me muestra su lengua bífida del "gracias, mister", "see ya al rato" y entre los trastocamientos de la palabra, en el híbrido del lenguaje me quedo a observar sin detenerme.

Vengo y el acto de venganza es innecesario, en la radio alguien canta villancicos que en los próximos días me volverán loco hasta la cordura.

La música de la temporada me trae a la memoria noches de juerga, cuando dos locos que siempre pretendían alcanzar la madrugada, terminaban odiándose de manera fraternal.

Allá en la casa de mi padre, las canciones de Juan Gabriel me recuerdan su canonización en una charla.

Con media botella de *whiskey* disponible y los últimos cigarros sin filtro, sé que habré de enfrentar las horas del frío en pleno aliento.

Allí, a media calle, recordé a dos que entonces eran amigos cuando cantaban villancicos al inicio de febrero o mayo. Nada fácil es recordar cuando buscamos el final que propiciamos.

“Belén, campanas de Belén”, un abrazo, cuídate entre los cerros, no te pongas paranoico, afina la garganta para los gritos porque aquí tienes un amigo y sabes que te odio tanto como te extraño.

Las palabras siempre rebotan en los hechos. Ya viene Navidad, son los días más solos que tiene el año, desde hoy me comienzo a preparar a compartir las soledades, están invitados el olvido y el nuevo yo sin memoria. Voy a terminar de redactar mis notas para largarme al bar, llegando allá, comenzaré por romper los espejos.

All you need is fuck?

Busco desesperadamente llenar los vacíos de estos días por medio de lo que se asume como externo. Siempre buscando más allá, fuera de la ciudad de origen, trato de rescatarme. Di vueltas por mi misma presencia porque no había caído en la cuenta que la sombra siempre será una, así sea en el reflejo de la luna en el desierto, en el Reino Unido o en un espejo del bar.

Concluyo que existe la facultad para llenar el vacío a través de lo externo, lo de afuera es producto de la oquedad que otros fueron llenándonos.

Antoni Tàpies tenía razón, con su imaginación logró convencerme, pero lo que creamos en la realidad del pensamiento deja de ser al momento de exponérselo en la cruda estadía del olvido.

Por ejemplo, dejaré un tiempo para hablar de los silentes que rondan por este tipo de barras y tratan de intuir nuevas formas de la desesperación.

Conozco algunos que pretenden el sexo como un sinónimo de libertad, es sorprendente cómo esa idea tan estúpida siga gestándose en las nuevas generaciones.

La realidad es que fornicar no nos hace personas más sabias ni siquiera más reflexivas, solamente es carne y vacío.

La viscosidad del amor corporal, ansiada por muchos, encuentra eco en algunas personas sin identidad que pretenden como forma insurgente adoptar una doble vida, arrastrados a esta opción por un exacerbante yugo paternal.

Conozco mujeres que pensaron que siendo penetradas iban a encontrar respuestas, que iban a ser libres. Sé también de hombres que creyeron que teniendo un mayor número de vaginas en su colección, encontrarían la forma de callar las preguntas de su mísera existencia.

Hay tanta mierda alrededor de lo que significa el encuentro de uno mismo, que terminamos entrepernándonos para perder nuestra esencia.

No se puede ser uno siendo dos, no, cuando se habla de sexo.

Conocí así a quienes huyeron de la ciudad para añorarse un éxito en su propio engaño creativo. Entes lastimeros que no tenían timón ni brújula para sus instintos siquiera.

En su piel quedaron las llagas, el fuego, esperma de hiena, versos de camaleón, calidad de muerte en el ánimo, un abismo el mar que les espera.

En su cabeza sólo hay datos, nunca más las emociones ni el otoño.

Hay en este paraje, quienes frecuentemente van y vienen de las ciudades para darse cuenta, que en efecto, nunca han pertenecido, que no tienen casa ni sitio de permanencia. Su voluntad queda reducida a un vaivén, lo mismo de metros, que de kilómetros, de pasos que de penes,

de orgías involuntarias que borracheras, de abandono y menosprecio que de manos extendidas y halagos.

Hay entonces sexo, vacío, ciudades desnombradas, monumentos fabulosos, museos al abandono, carencia de tacto en la palabra que encienda, hay ánimos que claudican con el éxodo.

Hay un no estar permanente que resuena más durante la temporada navideña, a todos ellos, los que van y vienen, desde este puente fronterizo, los veo pasar y les saludo extendiendo esta copa de nada, para que sacien su fracasada vanidad.

Pero hay también, recuerdos verdaderos de amantes furtivas que llagan la razón, porque el amor es desmemoria. *Man*, ya te estas volviendo loco, —me digo— *All you need is fuck*. Hay para todos siempre —concluyo—, un lugar disponible en la barra de El Recreo.

Mina, wherever you are

No sé cómo mencionar a las mujeres con las que he compartido parte de mi vida nocturna. Palabras como novia, amante o pareja se quedan cortas ante el cúmulo de emociones que fueron intercambiadas, durante el lapso en el que nos vimos interrelacionados.

Lo que sí puedo precisar es que entre esas mujeres, fueron pocas las que me hicieron vibrar tanto como Mina.

Mina era una fotógrafa proveniente del Distrito Federal a la que conocí hace algunos años. El encuentro fue tan casual como fortuito. Nos encontrábamos en el bar y luego de intercambiar algunas miradas y palabras sobre un concierto que se presentaría la siguiente semana y del cual, Mina se encontraba promocionando, ya que repartía algunos volantes, terminamos pasando juntos el resto de la velada.

Morena apiñonada, sin presumir de una exagerada belleza, lucía espectacular en las fotografías. Mina, era pe-

queña de estatura y aunque delgada, su figura guardaba las proporciones ideales para adorarle.

Mina fue una de las mejores amantes que jamás he tenido. Su piel de madrugada era un ensueño que se convertía en realidad al asentir prácticamente a todos los juegos sexuales posibles.

Mina, niña y demonio, siempre fuego y estribo, amaba tener sexo durante horas, intermitentemente, asiduamente, en cada rincón de las habitaciones de motel a las que llegábamos varias veces por semana.

A Mina no le gustaba el porno que suele proyectarse en las televisiones de tales hostales. A cambio, me entregaba su piel como una actriz sacada de tales producciones filmicas. Para ella no existían inhibiciones.

Detrás de ese rostro angelical, se encontraba una verdadera bestia salvaje. No en vano, varias ocasiones terminé con la espalda rasgada y con hilillos de sangre, porque clavaba sus uñas con encono propio de aquel que se siente pletórico en la ambrosía del contacto carnal.

A Mina, le gustaba que le llamara mi puta, mi perra, en las noches interminables de sexo, pero una noche se fue de mi vida, como muchas otras se han ido.

Fiel a su destino, ella amaba viajar, conocer distintas ciudades, enredarse en las carreteras y yo por el contrario, permanecía ermitaño en este terruño, del que no pensaba salir, hasta que me enteré que se encontraba en Obregón, en mi camino, su destino chocó con el mío.

Después de darle vueltas a este vacío que es vivir, me he decidido a que si voy partir de esta tierra, será a Obregón. Es un sueño, la irrealidad propiamente descrita en mis anhelos de adolescente.

Obregón me representa todo y nada a la vez. No imagino siquiera sus calles, pero las anhele, siento que el descanso y la alegría de respirar ahí me esperan.

Creo que ahí no tendré más fobia al viento, ni me preocuparé por tener temor a quedarme dormido y morir.

Desde este punto de vista, acepté traer a mi mente la esperanza, quizá allá el amor me espera.

Digo, en nuestra mente el amor debería ser algo así como la imagen de la justicia, ciega, imparcial y equilibrada.

Pero la realidad de las cosas es que ese sentimiento no ocurre así, por más que esté planteado en la Biblia, en las mil y una noches y en las 101 maneras de llevarse a una vieja a la cama, el amor, es un grandísimo ególatra *hijodeputa*.

No conozco a nadie que no haya perdido a alguien por apostar por un supuesto amor mayormente sentido, pero que a final de cuentas no resultó ser lo que se esperaba.

Así de puerco fue el asunto, abandoné la posibilidad de estar con Mina a quien amaba, por seguir el estúpido ideal del matrimonio con una mujer que nunca me quiso de verdad. Fue un auto de formal prisión a voluntad.

Acepto que decidí unir mi vida a la persona equivocada, pero la verdadera unión al otro yo buscado en el ser amado, ésa la había logrado en un sentido más espiritual y hasta cierto punto, platónico con Mina.

Ahora, divorciado, jodido y solo, pago la consecuencia de vivir gobernado por fantasmas. Soy la parte más humana de una imperfecta aplicación de sentimientos y emociones.

Bien, partiendo de este complejo amalgama que es el yo que unos creen amar, así estaba en mí esta imperante e irrenunciable condición evolutiva, obligándome a salir de la ciudad, atento a la metamorfosis en busca de lo que ahora reconocía como amor.

* * *

El recuerdo existe porque nosotros procuramos tener siempre presente el pasado, si nos obligáramos olvidar y de una manera precisa buscásemos un mecanismo tendien-

te al vacío, se podría alcanzar más que el olvido, la tranquilidad.

Un estado inoperante de conciencia que regule la mente para acabar con la nostalgia, un renacer permanente a cada imagen encontrada entre los actos consumados, para que el don de la sorpresa se haga palpable.

Volvemos del olvido siempre tendiendo a renovar las viejas páginas de nuestra existencia, para acrecentar anhelos sobre causas perdidas, dañamos así la forma de vivir el hoy, alargándonos la sentencia del transcurrir de los instantes que desfavorablemente se repiten en nuestro interior.

Viene entonces el origen del odio, el arranque de todas las ansias hacia lo que se nos representa como un recuerdo no compartido, momentos que nos roban el porvenir porque de manera demencial vamos tratando de desvanecernos, pero no podemos deshacer aquello que carece de materia, la esencia de la memoria tiene su más grande misterio en el arranque del instinto.

Entre fulgores

Para continuar el proyecto de viaje a Obregón tuve que jalar los frenos del ingenio, tener cruda la conciencia y provocar la enfermedad en este bramar de entes que soslayan la palabra escrita.

Formé alianzas con el cielo en la tormenta y permití que la palabra fuera algo más penetrante que el silencio, ése que me ha encausado tantas guerras en esta ciudad sin arraigo.

Perdí la razón en esta insolencia de magnificar lo que llamaba arte, abrí en mi corazón sin querer una caja de crueldades y es ahora cuando éstas se aprecian entre fulgores.

Viendo a la distancia, en el atalaya de la locura, me decidí a tomar precauciones para que cada arrojado al pensamiento no sea un nuevo intento de abismo, pero hube de provocar que el vacío terminara para no sucumbir en la superficie.

Es en este aparente motivo a la desmemoria donde el recuerdo es una daga que penetra y hace sangrar mi tranquilidad.

Hay que volar más allá de nuestro entorno, violar nuestra franqueza, enterarnos de que hemos sido sólo parte de un todo que aún no termina de afianzarse en la máquina principal que controla el movimiento, no hay que olvidar que del otoño solamente podremos encontrar olvido.

El poeta y la poesía

El poeta pudo entonces hablar del abandono cuando un mar de gente le ahogaba; lloró con sus letras cuando las garras de animal le hicieron salir a las calles, en busca de ese motivo de carne que le acercara un poco más a la inmundicia que se originaba en su corazón.

Los versos entonces se presentaron como un acordeón de emociones transitorias, vino el instinto a tomar el papel principal en la palabra, que no el encanto.

Distinto camino habría de recorrer el poeta si el sentimiento le provocaba una nueva falta de visión ante lo ignominioso, pero él que escribe, ve, aun cuando la desgracia o la ventura no se encuentren presentes.

Hay en el alma del poeta fechas postergadas, resaca de daños de un amor que nunca pudo ser eterno; están los años en su rostro, marcando cicatrices que recrean la sinceridad de un andar sin punto fijo para quedarse.

El poeta es un extraño ante ese ser que observa en el espejo. Ahora, como el hijo del camino que con pulso alterado está dispuesto a levantar el pulgar para marcar las direcciones pendientes a ser visitadas, abre en su corazón las cartas nunca leídas. Inicia así la fuga hacia su propia libertad, la esperanza es todo el equipaje que carga. Así está dispuesto pues, que el destino sea Obregón.

La poesía es entonces la mariposa que vuela directo a la flama, que sin premeditarlo se adentra en las llamaradas de lo certero y se calcina.

Cenizas son todo lo que lograremos alcanzar a recibir de la intención del poeta, este texto solamente es el residuo de una historia que jamás conoceremos por completo.

El viaje adentro

I

Tengo que abandonar la ciudad y el viaje se expande más allá de lo territorial, es un recurrir a la memoria para reconstruir espacios que se quedan y las nuevas formas que voy conociendo en el paisaje.

Viajar es elevarse más allá de mis posibilidades existenciales, son otros yo los que gobiernan al salir del desierto, comienza entonces ese juego al que estoy predispuesto, planteado en largometrajes como *The Fight Club*.

Yo el hombre de no doble, sino de múltiple personalidad, viene cuando la luz dulce se apaga y me cubre más enjambre que una cabellera enredada entre los dedos infinitos de la muerte. Rezo mi adiós a estas calles desde la parte más alta y desnuda de la ciudad.

Sin embargo, todo queda grabado en mi ingravidez, siempre tan inocente como maldito, siempre tan cotidiano como inusitado, siempre tan nunca.

Hay lágrimas en el momento de partir que prefieren secarse como los momentos que arrebatamos a nuestros vagos personajes de heroísmo.

Huracán, creo que es el huracán o la tormenta lo que vuelve, eso que me hace hablar de la nada por la que todo transcurre en este caos de aparente calma que es partir.

Este encuentro con lo desconocido sería de gran diversión si mi instinto no diera cuenta de que lo onírico que suele ser del viaje es la parte más real del sueño.

Hablo del silencio, ese que permanece una vez que se recogen las maletas y comienza nuevamente cuando llega uno a su punto de partida, porque nunca se llega al destino, ese siempre está ahí.

De las ideas, los adioses frustrados con el beso del ánimo, el reconocimiento tal del rostro amoroso en plenas horas, donde la madrugada se escapa como el aire en una huella sobre la arena de lo incierto.

Tengo la culpa de caer en mis propias trampas de fe sobre lo que implica la palabra felicidad: siniestra palabra, cínica idea, inevitable saturación del espacio, auto-protección del dolor, fortuna perdida, pero sólo hay una vez en la vida para morir y despertar luego en el rincón del mundo.

II

Definirme por el rasguño acumulado en los ojos luego de más de 20 tragos y horas sin descanso, es creer que puedo nombrar de golpe todos los colores del arco iris y así, de la nada, abrasarme a un *Ad Nirvana*.

Caigo de bruces en la memoria y un idioma sórdido me encaja dagas, está Mina, el consejo y las flores pensándose marchitas.

Adivino en las paredes el rostro que se oculta en mis neuronas, los violines, la voz incesante del promotor al es-

pectáculo de carpa, el auditorio vacío para la justificación de la borrasca.

Veo sus ojos y los beso en silencio, un aroma a sal me recuerda pensar que se ha ido de mí, el té ácido de mí, ese que también Satanás alguna vez probó de los labios de Perséfone al partir de sus mañanas.

Al final del viaje siempre hay una luz predispuesta a ser apagada, pero también está el *champagne*, las cábalas y el retorno a la verdad.

Un tal vez a la certeza apremia a seguir, sienes que estallan como cristales de la madrugada, navegación profunda sobre un amanecer confuso.

Un refugio a la colección de educadas maneras para olvidar me espera en mi callada palabra.

Voy a poner en la voz estrellas, agua que dibuje un nuevo continente, para así romper el último apresuramiento al condicionado flujo de la razón.

Que la respiración de cada quien dé a esta dilación de ideas destejidas, una propia respiración, un sustento para no decaer en el intento de buscar a tientas un sonido que me pierda.

III

Dentro del viaje-infierno que me representa la profesión a la que me dedicó, hay ocasiones que me toca conversar con personajes que sí llevan cargando ya varias millas de travesía hacia la locura o la virtuosidad.

Esto, dependiendo del enfoque que se le quiera dar a la palabra que describe su talentosa manera de desvanecerse de la realidad.

Palabras más, razones menos, algunos de ellos han logrado imprimir parte de su trayecto en esta maquinaria ambulante de la emoción, que por momentos cae en la elocuencia.

KO al alba

Esta tarde me encontré con un ex boxeador al que tuve oportunidad de entrevistar, algo de su testimonio me hizo recordar que yo como él vivía en el mundo a la deriva.

—Del centro me vengo como a las 9 de la noche y llevo haciendo el aseo en el lugar donde me estoy quedando, porque estoy en manda ahorita —me dijo—, estoy pagando lo que tengo que pagar, hasta que Dios me levante el castigo me iré a casa y recogeré a mi mujer (...) y a mi hijo (...). Tengo una nueva familia y eso cuenta mucho para mí, ellos son mi esperanza y son por los que luché, son todo para mí, ahorita.

Mientras me habla, trato de no pensar en mí, en la cita que tengo con el bar siempre, en lo simple que soy, en a dónde voy...

Ellos viven en la colonia (...). Si yo estoy vagando ellos están presos en esa casa, no pueden salir, pero gracias a Dios ellos saben de mí y eso cuenta mucho. Para mí es

una solución muy grande el que yo tenga que luchar por ellos.

Dejé de estar con ellos desde el 29 de mayo del 97, y no los he visto hasta ahorita porque, honestamente, será hasta que yo terminé, esto no fue una promesa que yo le haya hecho a Dios, más que eso, él me puso las condiciones, porque, es duro de contarlo, duro de decirlo y... nadie me cree... dice mi Padre Celestial que yo soy... Adán... dice Él que yo soy... Moisés... ya no me acuerdo de nada.

Sí, yo escribí la Biblia, el Viejo Testamento, yo no me acuerdo... ni me lo sé, hay cosas que me sé porque leo, estoy leyendo lo que yo escribí, es lo misterioso, pero Él me indicó lo que yo tengo que hacer, yo no sé nada.

Aquí estoy pagando y tengo que salir adelante. Quiero terminar de un día para otro y no sé cuándo me levantará el castigo, no sé cuándo me va a unir a mi mujer. Salí a vagar, tengo casi siete años cumplidos así y no encuentro la forma de terminar para unirme a ellos... también necesito ser feliz.

Ellos están esperando que yo terminé y Dios dirá la última palabra, o sea que es a vencer o morir, porque no estoy peleando con una persona común y corriente, estoy peleando con la *Maldad*, el *Cornudo*, ni lo conozco, usted puede decir el nombre, mas yo no. Con él estoy peleando y tengo que destruirlo porque es necesario destruirlo para que todos seamos felices en este mundo y no haya tanto ratero ni asesino, ni tampoco secuestradores porque ellos no son hijos de Dios sino de la *Maldad*.

Nadie mata a su padre y ellos matan, nadie secuestra a nadie y ellos secuestran, roban, matan, violan, hacen cosas, se sienten impunes. Eso tiene que terminar y esperamos en Dios que me envíe lo necesario para que termine con esas personas porque algo relevante viene.

A su debido tiempo todo se verá, esto es un punto de vista... me da visiones mi Padre, lo que viene son carros

Volátiles (sic), a su debido tiempo ya no usarán carros de carretera, sino carros volátiles y tantas otras cosas, ya que los grandes inventores de este mundo vienen, son Ángeles y aquí ha de nacer el primer Ángel que ha de volar, porque Dios así lo dispuso.

Son cosas de la vida, cosas reales, cosas que van a ver la gente y no lo creen, ¿por qué? Porque no han visto lo natural, toda la gente que está aquí está unida por un motivo, porque unos son Ángeles de bien, que son pocos y muchos son de la *Maldad*.

Los Ángeles de *Maldad*, ellos vienen para perjudicar a la gente buena, van a hacer todo lo necesario, lo probable y maligno, pero nosotros no podemos aprobar nada que esté adentro de la *Maldad*, de eso se trata esto.

Así que el castigo viene para todos aquellos que son malos, desaparecerán de este mundo.

Muevo las piernas, intento decir una frase, no soy el de la barra ante la cerveza, soy el espejo que se ha roto y cae a pedazos, la sangre de los pies del vencido, marca el destino...

Mi boca sangra...

No pude evitar sentirme nostálgico —estúpidamente nostálgico— esta tarde de mayo o diciembre— *¿Alguien sabe qué día es hoy y sostiene su copa con tal orgullo que le llama al error vida?*— y lo que es peor, la narración del ex boxeador terminó por motivar la decisión de mi partida.

Estoy a la espera de una palabra, al menos una palabra para reconstruir una noche, al menos el atardecer de una historia y observo mi mirada en el espejo del bar.

No encuentro la cara amigable, al menos los dientes del ser detestable que me caracteriza.

Me he convertido en una presencia invisible que solamente puede percibir los sonidos del ambiente, las voces de otros que tratan de hacer menos tediosa su estadía contando chistes malos y recordando anécdotas de las que lo menos que se me antoja es conocer su moraleja.

Ahora me debato en concluir temprano este enjambre de verbos inconexos para terminar mi cerveza en

El Recreo. Mi vejiga se siente como una pecera llena de alacranes.

En ese momento decido ir al sanitario y en mi regreso me encuentro a una mujer con cara de caballito de mar.

Por tal razón me solté cantando como loco y a todo pulmón la canción *People are strange*, lo cual me hizo revelar ante el show de las vanidades, tentador para un murciélago sin alas como yo a esta hora.

Vuelvo en este instante la vista al entorno y aquí está mi libreta abierta al azar, mis lentes yacen a un medio metro de mi alcance, la *XX Ámbar* hace rato que se me acabó.

En mi boca cerrada juego un partido de fútbol con un trozo de uña que me arranque producto de mis más inefables sensaciones.

Estoy llegando al punto culminante y vuelvo a tomar aire para renombrar cada cosa que me ha tocado vivir de la miseria de esta frontera. Sin carcajadas hay un dejo de alegría no buscada en mi tranquilidad.

Estaba por largarme cuando apareció en la barra Carranco, quien a manera de saludo colocó una nueva ronda frente a mí.

Me dijo que se encontraba interesado en platicar sobre las distintas maneras en las que han ido evolucionando nuestras vidas. Me acordé de nueva cuenta de mis intenciones de largarme en definitiva de esta ciudad, dada mi baja estima y producción literaria.

—Escribir no siempre es un juego ególatra que a muchos les complazca practicar, no por eso puedes hacer de lado tu participación del texto, aun siendo anónimo permanecerás presente en las palabras de quienes te recordemos —me alentó.

En algunos instantes de la permanencia noctámbula me dieron ganas de parar el tiempo. Lo más cercano a lograrlo fue tomar una fotografía, pero en el entendido que

plasmear esa imagen equivaldría a seguir viviendo mi sueño después de haber despertado.

* * *

Bueno, pues ya venía muy pispireto por haber conseguido continuar con mi verdadera historia, me disponía a caminar por la 16 de septiembre, casi casi haciendo un musical estilo *Singing in the rain* con maromas y todo el *show*, cuando me acordé que Rubén Moreno Valenzuela uno de mis más queridos amigos, se encontraba por finalizar su programa de radio.

Sin pensarlo detuve mis pasos frente al edificio de la estación radiofónica que se localizaba a una cuadra del bar y esperé por espacio de 10 minutos a que saliera el Ruy, a quien le llamó la atención mi presencia en el lugar y alegremente nos saludamos.

Vaya, es que por diversos motivos hace mucho que no me encontraba con mi camarada y menos, para tomar una cerveza, que fue el siguiente paso que dimos.

El caso es que luego de tomarnos un par de cervezas, comentar algunos proyectos y la próxima presentación de su libro *Río Bravo Blues*, dando algunos tumbos, llegamos a la calle *Reino Aventura* (Mariscal), donde decenas de bares con luces y colores nos invitaban a pasar.

Luego de hacer un sorteo mental nos introdujimos en la puerta más cercana para ver cuerpos amorfos de exquisita perfección.

Es en estas calles donde lo perverso se trastoca mutándose a sutil y emotivo, acá el amor pierde su cuerpo y se convierte en putérrimos halos, espuma celeste que crispa los ropajes y hace sudar las sienas de los vigías, de los eternos enamorados del objeto prohibido.

Amantes de espejos en rota saliva se contorsionan en la sombra de su dolor, están pendientes las manos que-

riendo alcanzar el cuerpo de la mujer perdida, ésa que en su baile ha encontrado la beatitud de los atardeceres.

Salimos del antro a paso lento, pensando en las cosas que no hemos hecho aún, en las palabras que se mantienen amotinadas en los desvelos, en todo el mal viaje que representa ser bienvenido y reconocido entre los que no te estiman.

Hablamos de lo repentino y de lo inmediato, del instante mismo donde las palabras hacen recordar que todo lo que es reconocido como justo y fidedigno se evapora en cada luz de neón que dejamos atrás, en las nalgas de la puta que no besamos, en el billete que sirvió de pago para alcanzar un pase a las horas más altas de la madrugada, en ese trago de cerveza que faltó para que cayera la botella desde el cuarto de la esquina. Le hablo de mi necesidad por ir en busca de ese amor que ya creía perdido, estoy a punto de revelarle mi secreto sobre la Aceituna que ha sido mi más grande compañera en estas soledades, en las que insomnio y mi deriva me han llevado a las calles, pero justo al querer confesarle lo anterior, empuja las puertas del bar y la conversación se disipa con el rojo neón ante nuestros ojos.

Ingreso una vez más a El Recreo y pido una nueva cerveza, la distorsión entonces cobra un nuevo matiz: Ahora todo va en un sentido que hace retroceder lo antes descrito.

Encuentro nuevamente viejas caras que me sonrían y me destruyen mientras me voy alejando. Solamente solo sonrío. Mi paranoia enciende los sonidos, las bocas del antro cantan en un coro infinito el desprecio por mi estancia.

Vienen a mí las caras amables, las manos cordiales, las sonrisas, una nueva ronda de tragos, canciones cuyos estribillos siempre olvido y despedidas sin pena ni gloria.

Una vez más dentro de la misma noche, mis pasos se aletargan y se justifica mi cansancio. Rubén sin avisarme se retira, como acostumbra a hacerlo el muy cabrón.

Llegó al punto final, destino de la noche. Intento escapar, salir un poco, ahogarme un poco más en la locura, la verdad me dice qué es suficiente, me atrapa, me saca los ojos y vuelvo al estado insomne que es para mí a ciertas horas, el sueño.

Justo a este momento, siento cómo muy en mi interior el lobo ríe mientras yo me debato con los cargos de conciencia.

* * *

Lo único que hallé a mi paso, en este despertar, fueron luces encendidas en las islas de la corazonada, donde no he aprendido a distinguir un guiño de un arañazo. Respiraciones entrecortadas, posible miedo, rencor bajando por la cabeza, sudor, atardecer, más atardecer que el propio silencio.

Una sonrisa me recibe en la oscuridad, es mi otro yo el que ahora maneja la situación, se apodera de mi piel y comienza a romancear contra las sombras. Avanzo por el pasillo de la muerte donde distintas marañas me apresan. Sobresalto, despierto de madrugada ante el ladrido de los perros, en mis sienes hay más dolor que voluntad para conciliar por nueva cuenta el sueño.

Atravieso entonces la posibilidad de mantener el descanso en mis ojos, seco los párpados, de mis iris salen los colores que pintarán el alba. Gravito por la sala, en la habitación soy un cadáver del mar que se cansó del desierto.

Hay siempre en mí un alguien que habla de la otra vida, de la vida en el más allá, de Obregón, siempre afebrándose a su presencia terrenal. Por eso en mis amaneceres no hay distingo entre el confort y el desequilibrio. Comprendemos por estabilidad la inercia, por eso tratamos de no modificar el rumbo de nuestros actos.

Contraponer nuestras metas nos sorprende, el establecimiento de persona como animal domesticado nos ha complacido a tal grado que hemos abandonado nuestras ambiciones primigenias.

Oscuro es el camino, falso, sinuoso, oscuro por el subterráneo letargo. Por la lluvia de anoche puedo presumir que por un instante recordaría mis intenciones.

Pero los rostros llegaban en fragmentos. En mi memoria había labios, sonrisas, algunos destellos del ojo que atisbaba, aceleraciones del pulso, tanteos, despedidas, morir nuevamente es quedar preso del sueño, morir por instantes, levemente se fenece. Casi nada. Me sumerjo.

Superlativo es el acto infame de la equivocación cuando creemos que hemos encontrado la esperanza al visualizar en alguien que rondaba nuestros recuerdos, porque en el fondo sabemos que sólo está el vacío y el vicio acompañando nuestra velada.

Hay que supervisar cada uno de los entierros, evadirse de los vigilantes, del ardid que significa la palabra socialización, para no quedar coagulado en una plástica.

Yo me gasto la apariencia por debajo de las preguntas, soy el árbol, me repliego ante el viento, formo parte de la exclusión, pero les dejó mis hojas secas.

En estas encarnaciones de bengala dejo el espíritu, una mancha de tinta que podría ser el ataúd de la suspicacia.

Ya no soy el minotauro que se ocupaban vanamente de cazar, ahora sospechoso de los buenos tratos, afable, no relacionado a las heridas del tiempo, me dedico a investigar los aprecio de los trampistas, de los que gustan de hurgar en mis libretas y tragarse las letras que hay en el papel, lija de la decepción, blanco y vacío, va el mensaje siempre para ellos.

Pero en segundo lugar, la noche obliga a que los colmillos amables de lobo se asomen para asentir, a manera de sonrisa y acepte de cuando en cuando algunas miradas con la misma fragancia para empinar con un ademán el

mismo licor, ese elixir melancólicamente perceptible, simétrico que se entierra en la cabeza.

Hay que hacerle entonces un espacio a los abrazos, simplificar el ilustre peldaño del deseo, alternando el ego con las brujas de la avenida por donde terminamos reptando, deslumbrados sobre la tierra que no nos vio nacer y por la que hoy seguimos sanamente falsos, hasta que sale el sol.

*Era tu rondar frecuente en mi voz
herida,
una condena a la añoranza, brazos
perdidos de Venus,
por ese abrazo fallido en el acontecer
nocturno
cuando el acecho del mundo me obligó
a la despedida.*

Yo. Parafraseándome.

Durante estas noches-día-noches del inicio del fin he recorrido la ciudad a pie. Caminé por decenas de calles céntricas, muladares, *cabarets*, cantinas, fiestas privadas, encuentros y desencuentros y en la búsqueda por alcanzar lo imposible, perdí el mapa de mis sueños y la navegación me hizo anclar en varios puertos, hasta antes del amanecer.

Soy a esta hora el canto a la ingravidez, mi boca está presta a morder el anzuelo, pero siempre se escapa con la copa y el guiño, no dejo entonces que los suspiros me traicionen.

Vuelo. Sobre la superficie en la barra que hay más gente de la que creo conocer, que lo que reconozco no es propiamente lo humano y me escapo por una rendija del techo. Llego al segundo piso del edificio y las voluntades ya no son regidas por quienes allí se encuentran, ahora hablan

las canciones, cada cual pretende sorprender con sus conocimientos sobre el tema, yo me aburro pero les dejo una pista de lo que antes fui, receto para sus corazones un par de melodías y me saludan como despidiéndose de la tarde.

Me sumerjo extremo y melancólico por la escalera que conduce al paraíso, pero ya todo lo que teníamos para considerar como divertido se ha dispersado con el último cigarrillo y nadie se quiere salir a comprar nuevas bocanadas.

Abro la puerta, les dejé lamentándose después del adiós y me introduzco por nueva cuenta en el intestino de la ciudad y voy atestiguando la mierda que guarece en su interior a estas horas de la madrugada.

Aparecen los primeros rayos de sol y mi rostro, al verse sorprendido recurre a las mamparas, con ansia mi cuerpo trata de encontrar una puerta para ocultarme.

Los intentos de huida me hacen caminar cada vez más aprisa, ya no camino, floto en busca de una salida de lo que está afuera, trato de internarme, mis pasos son aullidos, lamentos de sirenas en el desierto que alguna vez fue mar.

En la esquina, un negocio de abarrotes recién abre sus puertas y sin pensarlo me introduzco, busco algo que me ayude, rehuido de las caras, cuento de manera regresiva, de no encontrar lo que busco probablemente tendré que pedir ayuda para caminar, estoy perdiendo la visión.

Salgo a la calle y allí está el hombre del periódico, sin titubear me dirijo a él y le hago una oferta, solamente sonrío, cuando ve que mis intenciones son serias y que mis puños comienzan a cerrarse, (golpeó un espejo y comienzan a salir de mi piel gusanos que se convierten en mariposas) acepta entonces el billete que le extiende y me entrega sus gafas.

Reminiscencias de viaje

He pasado de ser alguien que si lo ponen a elegir entre escuchar Led Zepellin o Interpol, escoge al primero aunque nunca haya sido de mi preferencia.

A este momento comprendo a Rubén García Carlos a quien solíamos decirle Tita, por su parecido físico al jugador brasileño del equipo de fútbol los panzas verdes de León, famoso en la década de los noventa. Rubén fue un ex compañero de la universidad que tenía gran admiración por los grupos setenteros y desde entonces nos apuntaba que la música del nuevo milenio estaba predestinada para ser no sólo mierda, sino además revuelta.

Estoy muy cansado, ya la ropa no me entra y han sido muchas horas sin dormir en esta carrera perpetua, que se aplaza al suicidio temporal que es el dormir.

Si bien las oportunidades del amor están repartidas, en dos días, en tres meses, o en siete vidas como gato, no por eso es menos extenuante el trayecto.

Siempre un viaje te pone a la disposición de reconsiderar la forma en la que vas tomando la vida.

Encender el motor del automóvil y avanzar perpetuamente kilómetros sobre una línea que parece interminable, nos hace adentrarnos también en un viaje introspectivo.

En un punto del camino hacia la Redacción he decidido detener la marcha, cambio el destino y tomé la carretera sin más.

Observo entonces que cuando acelero, la posibilidad del accidente-amor se acrecienta. *And she's buying a stairway to heaven.*

Está en el viaje la muerte rondando los parabrisas, los juegos luminosos provocados por las escasas luces vuelven esta ausencia de sinergia corporal un alud de manifestaciones mentales.

Me falta el aire, recorro las ventanas del vehículo y no hallo más que mi propio rostro, apenas si logro distinguir mis ojos, el contorno.

Regreso la vista a la carretera en donde yacen los rastros de la sangre, probablemente de alguna res con poca fortuna.

Kilómetros adelante, cuatro vehículos destrozados y dos luces de torretas se mezclan en un bizarro paisaje de falsa alegría y silencio.

Los ojos ya no responden a mis órdenes, conduzco el sueño y me equivoco al pensar que llego a un paraje. Me dirijo a un punto al horizonte en donde la luz se alcanza a refractar en las nubes que están a poca distancia del suelo.

Al llegar al primer pueblo todo está silencio, no hay trasnochadores ni bohemios, los escasos anuncios de neón que están destinados a papelerías, talleres y tiendas comerciales comienzan a apagarse.

Falsa se vuelve entonces la idea de perdición. No hay nada en mi garganta y esta sequedad me impide emitir

una nueva palabra para sustentar las horas que restan para alcanzar la noche. Detengo el automóvil.

Hablo, pero el sentido de mi voz se pierde en este vacío donde los pobladores del insomnio han decidido abandonarme. Me siento extraño al estar vivo en este lugar donde todo va muriendo.

Hay varios pisos que han de crujir bajo mis pasos. Los exploro, me sumerjo. Todo es silencio.

Ahora estoy bajo mi piel, ausencia, el color de lo que se percibe es lo de menos, una nueva partida es el amparo para esta regresiva cuenta por los andamios de la vacilación.

Y luego, hay que jugar a no ser nadie, a ser el eco provocado por el ruido de los autos que aún siguen pasando a un costado, en la carretera principal.

Es el sonido de motores lo que me alegra esta soledad, con ellos llegan las canciones, cavilaciones sobre el otro punto que está cruzando los cerros, más allá de esta muerte que es anhelar la noche en la lejanía.

Aquí está esta letra que no reconozco y me emociona, el aullido de los coyotes que me hace sentir un sobresalto.

Una vez encendido el motor, soy fugaz con este reloj de arena, era yo el impropio a los labios que intentaban reconocer a alguien, fui yo el colonizador de mi propia soledad y ya sin fuerza, entendí este lugar etéreo, como el verdadero punto de partida a Obregón.

¡La Aceituna!

A manera de epílogo

Uno de los más grandes placeres de la vida alcohólica, tiene residencia en la esquina que hacen las calles Francisco I. Madero y 16 de Septiembre, en la zona centro. Se trata de El Recreo, una de las barras de mayor antigüedad en la Ciudad Juárez.

Los orígenes de este recinto a la bohemia, recuerda Antonio Rojas, don Tony, propietario del Club, señalan que fue fundado en 1921, pero también hay quien asegura que la apertura de El Recreo se dio en 1917. Sin embargo, Rojas recuerda con cariño el año 1946, cuando contaba con apenas 11 años de edad y acompañando a su padre, su abuelo y un tío, construyeron y pulieron la barra que ahora le ha dado tanto prestigio al lugar que hoy es de su propiedad.

Años después de elaborar la barra, tras la muerte de su padre y con el apoyo de su esposa, don Tony, desde la década de los setentas se hizo cargo del lugar.

Él mismo fue redecorando los interiores hasta lograr una bella ambientación con motivos taurinos, detalles del siglo pasado y detalles que los mismos bebedores han donado.

Para el propietario de El Recreo, el secreto de la aceptación de la clientela –que lo mismo se integra por jóvenes que por personas de la tercera edad–, se fundamenta en la honestidad y el buen trato a los parroquianos.

–Se trata con respeto al cliente, principalmente a las mujeres, cuidamos que no se pierda el respeto a la mujer –me dice.

Otro de los factores que han influido en el gusto de los visitantes es la gran variedad de música de antaño con la que cuenta la rockola, donde la selección va de Glen Miller a Jorge Negrete, pasando de Juan Gabriel hasta The Beatles.

Al igual que la gran mayoría de comercios asentados en la franja fronteriza, el ataque a los Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, provocó una dura caída a los ingresos de los establecimientos.

Pese a ello, pulmones de la bohemia juarense, como este bar sin nombre en el exterior, continúan luchando por vivir y con clientela cautiva.

En este lugar he ido a emborracharme de lo lindo, lo único detestable es en noches de fin de semana El Recreo se solía llenar de visitantes que hacían las veces de Jacques Costeau.

Hoy en día los borrachos nos sentimos desconsolados, sin ángel de la guarda al ver cómo la violencia y la inseguridad se han apoderado de nuestras calles y por ende nos limita las salidas a nuestro espacio.

Parecería que por momentos El Recreo está a punto de desaparecer. Su historia sigue viva pero cada ocasión se vuelve más anecdótica, aun así, lucha por subsistir.

Ya en otros años este lugar ha sido visitado por todo tipo de calañías, incluso poetas por eso se mantiene firme, latiendo como uno de los pocos corazones de la bohemia que tiene la ciudad.

Cuenta *El Recreo* la historia de un joven que se enfrenta a las realidades de una vida de desencantos y constantes frustraciones en el norte de México. El Recreo, un bar de Ciudad Juárez, es el lugar en donde este joven se refugia pero al mismo tiempo se hunde para reconocerse a sí mismo. Y Mauricio Rodríguez nos cuenta esta historia de atmósferas urbanas muy sórdidas y poéticas, a la vez, con una prosa muy expresiva.



Narrativas en español

SEDIENTO 
E D I C I O N E S

ISBN: 978-607-9201-26-5



9 786079 201265